

Pablo García - Gregor Lenzen

MARTIRES PASIONISTAS DE DAIMIEL



ROSAS DEL CALVARIO

Pablo García - Gregor Lenzen

MARTIRES PASIONISTAS DE DAIMIEL

ROSAS DEL CALVARIO

Pablo García - Gregor Lenzen

ROSAS DEL CALVARIO

MARTIRES PASIONISTAS DE DAIMIEL

PP. Pasionistas
Apartado 287
50080 ZARAGOZA (ESPAÑA)

*A nuestro santo padre y fundador,
san Pablo de la Cruz,
en el III Centenario de su Nacimiento
(1694-1994).*

Foto cubierta: P. Cacho, C.P.

© PP. Pasionistas

Fotocomposición: LENTE, S.A.

Impresión: Gráficas Lizarra, S.A.

D.L.: NA.: 1.858-1993

ISBN: 84-604-8214-6

PRESENTACION

Decir que me gustan y que siempre me han gustado las rosas, podría parecer una gran tontería. ¿A quién no le gusta una rosa, la reina de todas las flores? Pero no lo es. Me refiero a lo de tontería.

Para mí, la rosa no es sólo su delicado perfume, la variedad de sus tamaños y colores, la suavidad, forma y número de sus pétalos... Es, sobre todo, porque, siendo tan hermosa, ha nacido, crece y vive siempre entre espinas, porque las hojas del rosal son verdes como la esperanza y, más particularmente, por su color.

Muchas veces, lo que no podemos decir con palabras lo expresamos con una flor. La más elocuente es la rosa que parece decir: *"Mi color es el rojo, como la sangre, como el corazón, como el fuego, como el amor. Pero lo importante no soy yo, sino tú: siente lo sincero y encendido de mi amor"*.

Por eso he visto siempre en la rosa el símbolo del amor supremo: el del martirio. *"No hay amor más grande que el que da la vida por sus amigos"*,

nos dice Jesús en su Evangelio.¹ Y esto es lo que hace precisamente el mártir: dar la vida por Dios, dar la vida por el hermano. Los mártires son las rosas más hermosas que adornan el jardín de la Iglesia y... del cielo.

Para el mártir, el gran amigo es Jesús, que dió primero su vida por nosotros. El mártir la da también por Jesús. Pero en Jesús ama también a todos los hombres y está dispuesto a dar la vida por ellos. San Maximiliano Kolbe se ofreció a morir en el campo de concentración nazi de Auschwitz para que no mataran a un padre de familia que estaba condenado a muerte. Pero san Maximiliano Kolbe murió en realidad por Cristo, en el que amaba a todos los hombres como Cristo nos amó y murió por todos en la cruz.

Lo he visto muchas veces, pero el año pasado, en la Semana Santa, me impresionó de manera particular. En la iglesia de Santa Gema, de Madrid, habían puesto un gran ramo de rosas rojas entre las piernas de Jesús y su cruz, en el gran crucifijo que hay a la entrada. Ellas simbolizaban el amor y el martirio de Jesús, pero también el amor y la ternura de los devotos del Crucificado.

Como dice un autor, *"la rosa no pregunta por qué: florece, porque florece. Tampoco se mira a sí misma ni se pregunta si alguien la ve..."*² Ella

1. Jn 15, 13.

2. Angelus Silesius, *Lektionar zum Stundenbuch* III/7, p. 203.

misma no sabe que es tan hermosa. Y por eso lo es más.

Pues bien, en este pequeño libro voy a ofrecerte un hermosísimo ramo de rosas, rojas, bien rojas, como la llama de fuego, como el corazón, como la sangre que de él brota. En su mayor parte, podríamos decir, son todavía capullos sin abrir del todo, ya que son jóvenes comprendidos entre los dieciocho y los veintiún años. Ellos son el adorno más bello del jardín del Calvario, ya que todos fueron y son religiosos pasionistas.

En el rosal, antes que la flor (las rosas) nacen y están las espinas; antes que el aroma, el dolor del crecimiento y de la maduración. Lo mismo en el esplendor, la gloria y la belleza del martirio.

El que está mucho tiempo entre rosas se impregna de su delicado perfume y, sin que él mismo se dé cuenta, termina oliendo también a rosas.

Si lees mucho de los mártires, tratas de imitarles, te encomiendas a ellos, también tú te impregnarás de su espíritu y, sin que tú mismo te des cuenta, irradiarás ese delicado perfume a todos los que te rodean. Es que también tú te habrás convertido en rosa: serás fuego, corazón, amor. Y se te notará.

Esto es lo que he pretendido hacer con este libro, escrito en colaboración con Gregor Lenzen, provincial pasionista alemán, especialista en espiritualidad y autor de varios libros y numerosos artículos en revistas especializadas. Lo he escrito

con todo cariño, pero también con todo rigor histórico, tanto más que yo mismo ingresé en el seminario pasionista de Zaragoza en 1938, esto es, en plena guerra civil española y sólo dos años después de los acontecimientos que aquí se narran. Para ir al seminario, tuve que hacer la mayor parte del viaje en un tren de mercancías y con soldados que venían del frente de batalla.

Además de haber conocido personalmente a los cinco religiosos de la comunidad de Daimiel que quedaron con vida después de los horrores de la guerra, oí también los comentarios y narraciones que entonces se hacían del glorioso martirio de esos 26 religiosos. Siete años más tarde y sólo cinco después de la guerra civil española, en 1943, yo mismo pasaría a estudiar filosofía en el convento de Daimiel, todavía no del todo restaurado y en cuya cripta descansaban ya los restos de esos mártires, venerados como santos que habían dado su vida por Cristo y por su fidelidad a la Iglesia. Allí respiraría, durante tres años y en plena juventud, el aroma de espiritualidad pasionista de esas 26 **Rosas del Calvario** y admiraría de cerca su hermosura.

Pero no leas este libro como un libro de historia. Léelo más bien como un libro de lectura espiritual, esto es, como un libro edificante, que edifica, construye, levanta la vida espiritual. Y al mismo tiempo que las admiras, goza también tú, despacio y sin prisas, de la belleza y del perfume de esas 26 **Rosas del Calvario**. Por un maravilloso mimetismo y casi sin darte cuenta, tu alma se irá

embelleciendo, tú mismo irás tomando los colores y exhalando los aromas de virtud que admiras en estas **Rosas del Calvario**, en estos **Mártires Pasionistas de Daimiel**.

LA ERA DE LOS MARTIRES

Le verdadera era de los mártires no fue la de las catacumbas, la de las persecuciones romanas, la de los primeros siglos del cristianismo, hasta la paz de Constantino. Ciertamente hubo entonces muchos testigos de la fe que dieron su sangre y su vida por Cristo.

La verdadera era de los mártires es la nuestra, este siglo en que vivimos, nuestro siglo veinte. En toda la larga historia de la Iglesia nunca tantos cristianos han sido tan fieles a su fe, han dado su vida por Cristo, como en lo que llevamos de siglo. Ya lo había dicho también el cardenal Höffner, de Colonia, en 1978. Hoy son ya muchos más.

En nuestra era, en estos años providenciales en los que el Señor nos ha concedido vivir, el hermoso jardín de la Iglesia se ha visto adornado más que nunca de las innumerables rosas, rojas y hermosas, de nuestros mártires.

Cronológicamente hablando, en primer lugar está la guerra civil española, de 1936 a 1939. Luego, la persecución nazi, especialmente durante la

segunda guerra mundial (1939-1945) en los campos de concentración. Sigue la persecución religiosa comunista, no sólo en los países de detrás del telón de acero, esto es, de la antigua Unión Soviética y de los muchos países por ella dominados, sino también en otras naciones de regímenes comunistas. Finalmente, y por desgracia sigue todavía, son las naciones del denominado Tercer Mundo, sobre todo América Latina, donde tantos cristianos han muerto y mueren cada día por defender la paz, la justicia, el amor, esto es, los derechos fundamentales del hombre y la soberanía de Dios.

El 7 de mayo de 1937, una religiosa carmelita de clausura del monasterio de *María de la Paz*, en Colonia-Lindenthal, Alemania, escribía a otra religiosa amiga suya:

-"Hasta ahora, hemos estado viviendo en la más profunda paz, sin que nadie nos perturbara tras los muros de nuestros conventos de clausura. Pero la suerte de nuestras hermanas religiosas de España nos dice claramente a qué tenemos que estar preparadas también nosotras. El que tan cerca de nosotras se dé un movimiento subversivo tan profundo es una saludable llamada de atención. De todos modos, es obligación nuestra ayudar, con nuestras oraciones, a las que están realizando tan duro trabajo en este camino".

Estas palabras iluminan una época oscura de la historia española, en la que la fe cristiana y la fidelidad a la Iglesia podían tener mortales consecuencias.

La carmelita que escribió estas palabras ha llegado a ser no solamente para los cristianos, sino para todos, una verdadera institución. Fue Teresa Benedicta a Cruce, o Edith Stein, valiente testimonio de fe llevado hasta las últimas consecuencias, esto es, hasta dar la vida, hasta el martirio. Ella recorrió, valiente, el camino de sus hermanas religiosas de España. En el horror del campo de concentración de Auschwitz dio su vida como mártir, por ser fiel a su fe y a su pueblo.

El 1 de mayo de 1982, en la ciudad de Colonia, el papa Juan Pablo II beatificaba solemnemente a esta heroica carmelita de clausura, presentándola al mundo entero como modelo del fiel seguimiento de Cristo hasta las últimas consecuencias.

El 1 de octubre de 1989, en la Basílica de san Pedro, de Roma, el mismo papa Juan Pablo II elevaba también a los altares a 26 testigos de la fe en los años siniestros de la guerra civil española. Eran los **Mártires Pasionistas de Daimiel**, en la provincia de Ciudad Real. También ellos pueden ser considerados con toda justicia como los pioneros de los que había escrito Edith Stein en su carta. También ellos dieron su vida por Cristo en los avatares de esa guerra civil, que convirtió a España en un auténtico baño de sangre.

El único crimen que se pudo imputar a estos hombres de Dios fue "el ser religiosos". Pero en aquellas circunstancias políticas esto era más que suficiente para que los asesinasen sin piedad. Su beatificación recuerda a España un triste capítulo

de su historia más reciente. Muchos quisieran a toda costa olvidarlo; pero no tiene ningún sentido el cerrar los ojos para no ver la realidad. El hombre ha de aprender de la historia.

SITUACION POLITICA ESPAÑOLA

Desde la instauración de la segunda república en 1931, en España reinó un creciente ambiente anticlerical. La Iglesia Católica era considerada por muchos como contraria a las legítimas aspiraciones del pueblo. Esta valoración tenía sus causas históricas. Después del ejército, ella representaba el segundo factor más fuerte en la sociedad española. Tenía grandes posesiones y gozaba de un notable influjo social. Como en el campo político apoyaba de manera especial a los partidos de la derecha, el socialismo consideraba a la Iglesia como una fuerza reaccionaria dentro del estado.

Un abismo profundo separaba a ambas ideologías y no se daba entre ellas ninguna clase de diálogo. En lo único que se pensaba era en la lucha de una ideología contra otra. Esta actitud de tensión se acentuó todavía más cuando la izquierda ganó las elecciones de febrero de 1936.

El asesinato, en Madrid, de Calvo Sotelo, uno de los más destacados dirigentes de la derecha española, fue finalmente la chispa que hizo explotar ese ya tan caldeado polvorín que era entonces España.

Los sucesos se precipitaron rápidamente. Un grupo de generales se reveló contra el gobierno y comenzó el llamado "alzamiento nacional" del 18 de julio de 1936. El marca el comienzo de la guerra civil española.

La nación se dividió en dos zonas bien diferenciadas. Por un lado, la denominada "zona nacional"; por otro, la "zona roja" o republicana, en la que se inició una todavía más fuerte persecución contra la Iglesia Católica. En los primeros meses de la guerra se enfurecieron las milicias del "frente popular" con un odio ciego contra todo lo que se relacionase con la Iglesia. Un frenético bandalismo devastó toda representación externa de lo religioso. Se destruyeron innumerables cuadros, estatuas y altares, y se incendiaron, saquearon y profanaron incontables iglesias y conventos. Pero todo esto es nada en comparación con los miles de católicos (obispos, sacerdotes, seminaristas, religiosos, religiosas y seglares), a quienes se les quitó la vida por su fidelidad a Cristo y a la Iglesia.

En esos tiempos tan tormentosos es cuando tuvo lugar también la terrible tragedia de la comunidad pasionista de Daimiel. Estos religiosos eran hombres totalmente apolíticos, la mayor parte todavía muy jóvenes, estudiantes de filosofía en los años que siguen inmediatamente al noviciado. Sin pertenecer a ninguna facción o partido político y sin quererlo, se vieron envueltos en el torbellino de los acontecimientos que devastaron entonces España. Lo mucho que tuvieron que sufrir hasta el martirio es un reflejo fiel de la tragedia de toda la nación española.

LA CRUZ DE CRISTO

En vista de la persecución de su propio pueblo judío, Edith Stein había escrito en diciembre de 1938: -"Yo pensé: es la cruz de Cristo. Y los que así lo reconocen, deberían tomar esa cruz en nombre de todos".

¿Fue éste el misterioso secreto de aquellos 26 hombres de Dios, que no vacilaron ante las armas de sus enemigos, preparadas para matarlos? Porque ninguno de ellos huyó para salvar su vida.

¿Habían reconocido que lo que ante ellos se presentaba era también el camino del Calvario de Cristo?

¿Fue este reconocimiento el que les dio fuerza para serle fieles hasta el heroísmo del martirio?

¿Qué esperanza les guió en su camino?

En las páginas siguientes trataré de dar una respuesta adecuada a todas estas preguntas. Tal vez en ellas encuentres también tú la clave a las grandes cuestiones del sentido de tu propia vida.

UN TESTIGO DE LA CRUZ

SAN PABLO DE LA CRUZ

Los mártires de Daimiel eran hijos espirituales de san Pablo de la Cruz y miembros de la congregación religiosa por él fundada: la "Congregación de la Pasión", más conocida por el nombre de "Padres Pasionistas" o simplemente "Pasionistas". Tanto el nombre de Pablo *de la Cruz* como el de su Congregación indican claramente cuál es su espiritualidad y su vida: *la pasión, la cruz*.

Con toda razón podría decirse, en el sentido más teológico de la palabra, que la vida de san Pablo de la Cruz, místico, misionero, director de almas y fundador de una congregación religiosa de hombres y mujeres, fue un verdadero martirio. Mártir significa "testigo". Y la vida y la doctrina de este santo *de la Cruz* son un continuo testimonio de la fuerza liberadora de la Cruz de Cristo.

Pablo de la Cruz nació el 3 de enero de 1694 en la pequeña ciudad de Ovada, al norte de Italia, a

unos 50 kilómetros al nordeste de la ciudad de Génova. Su padre, Lucas Danei, tenía un pequeño negocio de telas y tabaco para sustentar a su numerosa familia. A los 19 años de edad, Pablo Francisco -éste era su nombre de bautismo- tuvo una vivencia especial de conversión. La circunstancia fue aparentemente insignificante. Al oír una predicación se sintió tan profundamente conmovido en su interior, que hizo confesión general y tomó la decisión de consagrar toda su vida a Dios.

DESEOS DE MARTIRIO

Cuando, algunos años más tarde, el papa Clemente XI llamó a la cristiandad a una Cruzada contra los turcos, a Pablo le pareció que ésta era la llamada de Dios; sintió un gran deseo de dar su vida por la defensa de la fe cristiana y se enroló en el ejército. Sin embargo, pronto vio que ésta no era su vocación. Dios quería de él otra forma muy distinta de martirio. Dejó el campamento junto a Milán, volvió a casa y se dedicó a ayudar a su familia como había hecho hasta entonces.

Pero Pablo Francisco no era ya el mismo. En su corazón ardía una secreta nostalgia de Dios.

En los años siguientes, el Señor le fue mostrando, con luces interiores cada vez más claras, su verdadera vocación. En la introducción a la primera Regla que escribió para los pasionistas en 1720,



San Pablo de la Cruz, fundador de los religiosos y religiosas pasionistas. Desde su juventud, san Pablo de la Cruz vivió una mística de martirio, mística que él aprendió en la pasión y muerte de Jesús y que infundió profundamente en su familia religiosa.

el santo describe algunas de sus experiencias espirituales y habla de un fuerte deseo de retirarse a la soledad, de vestir un hábito sencillo, de ir con los pies descalzos, de vivir en la más estrecha pobreza, en una palabra, de llevar, con la gracia de Dios, una vida de penitencia.

Además de la llamada a la soledad, siente la inspiración de reunir compañeros que vivan juntos y se consagren a fomentar en las almas el santo temor de Dios. En cierta visión espiritual, hasta se le presenta el hábito religioso de su futura congregación. Poco a poco la oscuridad se va iluminando cada día más.

Este era el testimonio al que Dios le llamaba. Juntamente con otros compañeros, debería imitar a los Apóstoles, armonizando como ellos la vida de oración con el anuncio de la palabra. *“Con el permiso de la Santa Madre Iglesia”*, quería fundar una congregación. Su nombre sería: *“Los Pobres de Jesús”*.

El 21 de noviembre de 1720, después del rezo en familia del santo rosario, se despide de sus padres y hermanos. Al día siguiente abandona la casa paterna y es revestido del hábito negro de la pasión de manos de su confesor y director espiritual el obispo Gattinara, de Alejandría. Con esta sencilla ceremonia de la vestición del hábito, comienza su verdadero martiro, que se prolongó a lo largo de toda su vida. En adelante sería en todo momento el testigo fiel del Señor, pobre y crucificado. En vez de Pablo Francisco Danei, se llama-

ría *Pablo de la Cruz*. Su vida de pobreza y penitencia tendría una orientación especial hacia el Cristo sufriente y crucificado. La pasión del Señor sería el punto nuclear de su vida, de su doctrina y de sus muchos años de apostolado.

Siguiendo el ejemplo de Jesús, Pablo de la Cruz se retiró durante 40 días al “desierto”. Su “desierto” fue un cuarto trastero junto a la sacristía de la iglesia de san Carlos, en Castellazzo. Allí dedicó todos estos días a la oración, a la penitencia y a la soledad, para disponerse a la misión a la que el Señor le llamaba. Durante ese tiempo, escribió la primera Regla de su congregación. A petición de su obispo Gattinara, escribió también su Diario Espiritual. En lo correspondiente al 26 de diciembre, fiesta del protomártir san Esteban, puede leerse lo siguiente:

“Estuve con particular elevación de espíritu, sobre todo en la santa comunión. Deseaba morir mártir, yendo allí donde se niega el adorabilísimo misterio del Santísimo Sacramento. Este deseo hace ya bastante tiempo que me lo hace sentir la Infinita Bondad. Pero hoy lo tuve de un modo muy particular”.

En esa lucha con Dios en la soledad, se pone de manifiesto claramente su gran deseo del martirio, de dar su vida por Cristo. Oscilando entre el mayor desconsuelo interior y la más profunda paz, en esos largos días tuvo experiencia de lo que es el **martirio del alma**. De esta manera Dios fue preparando a su fiel siervo para que pudiera ser testi-

go creíble de su pasión y de su cruz. Como fundador de un instituto religioso, como predicador de misiones populares y ejercicios espirituales y como director de almas, Pablo de la Cruz no se cansaría nunca de presentar la pasión de Cristo como la "*maravilla de las maravillas del amor de Dios*".

Antes de morir muchos años después, el 18 de octubre de 1775, podía echar una mirada retrospectiva a su larga vida de casi 82 años y contemplar la rica cosecha de su apostolado. Su carisma había echado profundas raíces. La cosecha había sido abundante. El martirio del amor había dado frutos bien generosos.

LOS PASIONISTAS EN ESPAÑA

Un siglo después de que san Pablo de la Cruz dejase la Congregación ya "*firmemente enraizada en la viña de la Iglesia*", de ese tronco brotó un nuevo retoño vigoroso. Siendo superior general el beato Bernardo María Silvestrelli, en 1878 los pasionistas vinieron a establecerse también en España. Según el espíritu de su fundador, estos religiosos comenzaron aquí su vida de oración, soledad y penitencia. Eso les dio fuerza para anunciar con poder, como misioneros, el inmenso amor de Dios a los hombres.

El testimonio de los 26 mártires pasionistas de

la guerra civil española es un fruto generoso de esta escuela de santidad y de esta espiritualidad de martirio.

Como escribe el teólogo Laurentino Novoa, "san Ignacio de Antioquía entendió que el martirio era el camino para llegar a ser verdadero hombre, verdaderamente libre y auténtico discípulo, desde la conciencia de que su "**amor está crucificado**"; pues en esta misma línea, podríamos decir que quienes están llamados a vivir y anunciar la "memoria passionis" (los pasionistas), sólo podrán ser verdaderamente discípulos de Cristo e imitadores de Pablo de la Cruz, a través de la penosa vivencia de su dimensión martirial".³

Por su fidelidad a Cristo y a la Iglesia, estos 26 pasionistas estuvieron dispuestos a darlo todo, incluso su propia vida. De este modo, manifestaron ser auténticos hijos de san Pablo de la Cruz. Tanto contemplar al Mártir del Calvario, se hicieron también ellos mártires. Las rosas de las llagas de Jesús en la cruz florecieron en cada una de las heridas que estos santos religiosos sufrieron por Cristo.

Ya lo había dicho Emerson: "*La belleza de una flor proviene de sus raíces*". Estas 26 **Rosas del Calvario** tenían en su espiritualidad raíces profundas de martirio.

3. Laurentino Novoa, *Martirio y Memoria de la Pasión*, Boletín STAUROS, 1993-19, Málaga 1993, p. 20.

LA RAIZ

La hermosura y el perfume
de la rosa
le viene de la raíz.

El ideal y el sentido
de tu vida,
¿de dónde te viene... a ti?

¡Cuida siempre la raíz!

PRESAGIOS DE TORMENTA

Los acontecimientos que vamos a narrar aquí tuvieron lugar en el corazón de España, más exactamente en La Mancha. En la provincia de Ciudad Real hay un pueblo llamado Daimiel, de unos 25.000 habitantes en aquel tiempo. Como la mayor parte de la población de aquellas inmensas llanuras, también Daimiel vivía de la agricultura; pero casi todo el fruto de su trabajo pasaba a manos de los grandes terratenientes. Entre los sencillos arrendatarios y jornaleros reinaba con frecuencia una gran pobreza.

En 1936, al principio de la guerra civil española, esta región formaba parte de la zona republicana. Al agravarse la situación política, el gobierno central fue perdiendo cada vez más autoridad en favor de los comités de la izquierda revolucionaria. El denominado "frente popular" comenzó a tener cada vez más poder. Sus grupos armados imponían su autoridad, sobre todo en las estaciones del ferrocarril y, con frecuencia, se tomaban la justicia por su cuenta sin que esto les crease grandes problemas.

Llevados de un frenético anticlericalismo, el "frente popular" se ensañó de manera especial con el clero y con la Iglesia. Fueron saqueados, incendiados o destruidos numerosos conventos y templos, así como también innumerables obras de arte religioso.

En cuanto al clero y a los religiosos, los datos son tan escalofriantes, que parecen increíbles: pero están bien documentados y nadie los podrá rebatir. Es la página a la vez más triste y más gloriosa de la España "católica", donde, durante la guerra civil (1936-1939), fueron asesinados 12 obispos, 4.184 sacerdotes y seminaristas diocesanos, 2.365 religiosos y 283 religiosas. Con toda razón pudo escribir el catedrático Luis Merino:

- "La persecución religiosa de España en 1936-39 superó a las más encarnizadas persecuciones de la época romana".⁴

LOS PASIONISTAS DE DAIMIEL

Los religiosos pasionistas tenían en Daimiel un convento a las afueras de la población. Llevaba el título del **Santo Cristo de la Luz**, por el devoto crucifijo grande que se veneraba en el altar mayor de su iglesia.

4. Cf. Luis Díez Merino, C.P., *La Pasión de Jesucristo y la de los Mártires Pasionistas de Daimiel, Nicéforo y 25 Compañeros*, Zaragoza 1989, p. 69.

En dicho convento vivían entonces 30 religiosos, la mayor parte jóvenes estudiantes que, del noviciado, habían pasado allí a estudiar filosofía. La de Daimiel era una comunidad de formación, un seminario religioso, en el que estos jóvenes se preparaban para el sacerdocio. La actividad principal de los sacerdotes era precisamente la enseñanza y la formación de estos jóvenes seminaristas. Había además algunos hermanos coadjutores que, con su trabajo, llevaban la responsabilidad del buen funcionamiento de la comunidad.

Esta familia religiosa hacía una vida oculta y sencilla, sin atraer la atención de nadie. La población tenía con el convento una relación especial. Este no tenía grandes actividades externas, pero había llegado a ser una parte integral de la vida de Daimiel. Entre otras cosas, los pasionistas eran bien conocidos por los muchos pobres, que acudían cada día a sus puertas pidiendo ayuda. El superior de la comunidad, el P. Germán, daba mucha importancia a este ministerio, que el portero, el hermano Pablo María, cumplía gozosa y generosamente, prodigando su bondad con el necesitado.

Sin embargo, desde el 18 de julio de 1936 pesaba sobre estos buenos religiosos, que para nada se metían en política, una amenaza de persecución: como para tantas otras comunidades religiosas de la zona "roja" o republicana en toda España. Pocos meses antes, uno de los estudiantes, José María, escribía a su madre, en la Semana Santa, estas palabras que bien podemos denominar proféticas:



Convento e iglesia pasionista del Santo Cristo de la Luz. Daimiel, ahora casa de espiritualidad y de oración.

"Nuestra fe se debe aumentar y, si es necesario, debemos estar dispuestos a morir por ella".

Otro joven, Eufasio, escribía también a su madre el 26 de marzo de 1936, para desearle unos santos días de Semana Santa y Resurrección:

"Meditemos con fervor en esos días los misterios del Calvario... y estemos dispuestos a padecer y sufrir con Cristo y, si es preciso, morir con él".

Poco tiempo tardarían en hacerse realidad estas proféticas palabras. El luminoso rostro del **Santo Cristo de la Luz** parecía oscurecerse con un matiz de tristeza.

EL P. NICEFORO, PROVINCIAL

El P. Nicéforo Dfiez, provincial de la Provincia de la Sagrada Familia, era uno de esos hombres a quienes Dios confía una misión muy especial. En la hora de la prueba no titubeó lo más mínimo en cumplirla con toda fidelidad. Ya de joven, mientras se preparaba para el sacerdocio en México, había estado en la cárcel por la fe, teniendo que huir a los Estados Unidos, donde se ordenó de sacerdote en 1916.

El P. Nicéforo acababa de llegar de América, donde había estado visitando las comunidades de su Provincia en varias naciones de ese continente. No se había tomado apenas tiempo para descansar.

En vista del creciente empeoramiento de la situación política, el 10 julio salió de Zaragoza para visitar también las comunidades de España. Y quiso comenzar precisamente por Daimiel. Era el lugar de mayor peligro y donde estaban los religiosos más jóvenes de su Provincia. En Zaragoza quisieron disuadirle del viaje. Pero él respondía siempre: - *“Los más jóvenes, los recién profesos, son los que más me necesitan. Tengo que estar con ellos en estos momentos de peligro”*.

Llegó a Daimiel el 15 del mismo mes. Inmediatamente escribe a su primer consultor sobre las impresiones del viaje. En su carta se reflejan los temores de la comunidad de Daimiel, sobre todo después del asesinato de Calvo Sotelo en la capital de España.

La temida reacción a este acontecimiento no se hizo esperar largo tiempo. La noche del 18 al 19 de julio hubo un levantamiento militar, que fue el principio de un capítulo de los más sangrientos de toda la historia de España.

Era natural que los pasionistas de Damiel tuvieran interés en seguir la marcha de los acontecimientos. Como se les había cortado el teléfono para que no tuvieran comunicación con el exterior, dos religiosos, vestidos de seglar, salieron a la población para captar noticias. Era el 20 de julio. Los dos cayeron pronto en manos de las milicias, que los llevaron al ayuntamiento, donde los tuvieron detenidos durante tres horas. Al conocerse su verdadera identidad, fueron puestos en libertad y enviados de nuevo al convento.

Se presagiaba tormenta, una gran tormenta.
¿Qué sería de ellos, de la comunidad toda de Daimiel?

ROSAS Y ESPINAS

Habrás oído muchas veces
que las espinas
salvan y defienden
a las rosas.

Lo cierto es que,
gracias a las rosas
se riegan también
las espinas.

¿Qué sería de este mundo,
sin hombres y mujeres
santos?

Las rosas
salvan
a las espinas.

EN MEDIO DE LA NOCHE

La noche del 21 al 22 de julio, el convento pasionista descansaba en la más profunda calma. La oscuridad era como un manto protector, que envolvía la casa e iglesia del **Santo Cristo de la Luz**. Parecía como si nadie pudiera perturbar ese ambiente de paz y de silencio.

Serían las once y media de la noche. El sonido metálico de la campana de la puerta vino a romper inesperadamente y con insistencia este silencio claustral de la media noche estrellada. Era un sonar agitado y nervioso, que hizo saltar del lecho en que dormía tranquilamente al hermano Pablo María, el portero de la comunidad. ¿Quién sería a tan altas horas de la noche? ¿Qué estaría sucediendo? ¿Qué se pediría de ellos?

El buen hermano Pablo María destacaba precisamente por su tranquilidad y su paz. Sin embargo, al oír este sonar fuerte e insistente de la campana a horas tan intempestivas, no pudo menos de asustarse y quedar desconcertado y sin saber qué hacer. ¿Acudiría a la puerta? ¿Esperaría un poco más a ver lo que pasaba? De ir, ¿lo haría solo? ¿o desper-

taría a algún otro religioso para que le acompañase?

Pronto recobra la calma y, con gran valentía y serenidad, decide ir solo. ¿Cuál no sería su sorpresa... y miedo, al abrir la puerta y encontrarse allí nada menos que con una multitud de hombres fuertemente armados, envueltos en la oscuridad?

Con ademanes amenazadores y sin más dilación, éstos mandan al Hermano que se desaloje el convento antes de media hora.

Con el corazón palpitando fuertemente, el hermano Pablo María se dirige a la habitación del P. Provincial, para comunicarle la triste noticia. Después de algunos segundos de asombro y hasta de espanto, el P. Nicéforo recobra su serenidad y valentía. ¿No había venido a Daimiel precisamente para estar con sus religiosos más jóvenes en estos momentos de peligro?

Famoso misionero y célebre predicador, el P. Nicéforo iba a cumplir ahora su última y más difícil misión, y a predicar el sermón más elocuente de toda su vida.

Con decisión, pidió al hermano Pablo María que despertase a los religiosos. Todo se hizo con la mayor rapidez y silencio. Sin palabras y como por una misteriosa transmisión del pensamiento, se fueron despertando unos a otros y todos se dirigieron a la iglesia. Como si hubieran estado esperando este momento. Sabían que había llegado para ellos la hora de la verdad.

Era la media noche del 21 al 22 de julio de 1936.

LA ROSA EN LA NOCHE

Hay flores que en la noche
se cierran.
La rosa, no.

En la oscuridad,
en la tiniebla,
cuando nadie la ve,
la rosa se engalana
con sus más vivos colores
y se perfuma
con el más suave
de sus aromas.

La ve Dios.
Lo hace... ¡para Él!

En la noche,
la rosa se engalana
y perfuma
¡sólo... para Dios!

“ESTE ES NUESTRO GETSEMANI”

Pasos silenciosos. Sombras y siluetas moviéndose a lo largo del corredor en penumbra. Cada noche, algo más tarde, solían levantarse para cantar las alabanzas del Señor en el coro. Ahora, estos hombres de Dios querían coronar el canto de alabanza de sus vidas con el “amén” festivo de su fidelidad a Cristo.

Entraron silenciosos en la iglesia. Delante del altar les estaba ya esperando el P. Nicéforo. Su mirada se iba posando suave y cariñosamente sobre cada uno de esos religiosos, en su mayor parte tan jóvenes. Estos le respondían a su vez, asustados, con una mirada de interrogación y firmeza como si quisieran decirle: -*“Y ahora, ¿qué? Pero no temas, seremos valientes. Contamos con el Señor. Somos pasionistas. ¿Qué menos que participar en la pasión de Jesús? También a él vinieron a prenderle amparados en la oscuridad de la noche”*.

Como un padre, les habló con palabras que no



El P. Nicéforo da la sagrada comunión a sus hermanos pasionistas la noche de su expulsión del convento del Santo Cristo de la Luz.

parecían de él, sino inspiradas directamente por el Espíritu de Dios. Los pocos que lograron sobrevivir, después de la tragedia todavía las recordaban textualmente. Tan profundamente se les habían grabado en el corazón:

-“Getsemaní -nos dijo con la mayor emoción-, éste es nuestro Getsemaní. Conturbada ante la fatídica perspectiva del Calvario, como la de Jesucristo, también nuestra naturaleza, en su parte débil, en su parte flaca, desfallece, se acobarda... Pero Jesús está con nosotros. Yo os voy a dar al que es fortaleza de los débiles...”

“A Jesús le confortó un ángel, a nosotros es el mismo Jesús el que nos conforta y nos sostiene...”

“Dentro de pocos momentos, estaremos con Cristo... Moradores del Calvario, ¡ánimo!, ¡a morir por Cristo!”

“A mí me toca animaros y yo mismo me estimo con vuestro ejemplo”.

Después de pronunciar estas palabras, el P. Nicéforo dio a todos la absolución general y él mismo la recibió también del P. Germán, el superior de la comunidad. ¡Momentos de grande emoción!

Luego, se revistió el roquete y la estola y dio a cada religioso la sagrada comunión. De esta comunión escribiría, años más tarde, uno de los supervivientes:

-“¡Qué comunión aquella tan fervorosa!”

Como yo no he visto ninguna. Quizá algunos la compararon con la primera comunión. En aquella iban vestidos de blanco; en ésta se veían vestidos con la vestidura roja de la sangre de los mártires...

“Lo principal estaba salvado. Con Jesús en el corazón, ¿qué nos importa morir? Llevamos el viático para la eternidad. A unos acompañaría al cielo; a otros a las cárceles, donde sufriríamos por su amor”.

Se consumieron todas las formas consagradas, para evitar cualquier posible profanación.

Después de unos momentos de acción de gracias, el P. Provincial animó todavía a sus religiosos al martirio, recordándoles que ahora debían probar con su vida que eran discípulos de Cristo, que eran ¡pasionistas!

Con solemnidad y misterio, desde el altar se dirigió a las puertas de la iglesia, acompañado de sus religiosos. Las abrió de par en par. Fuera y envueltos en la oscuridad de la noche, le esperaban unos doscientos milicianos fuertemente armados y apiñados hacia la entrada. Entonces, uno de ellos, destacándose de los demás y con el arma en la mano, se dirigió a los religiosos y les exigió, amenazador, que abandonasen el convento y la iglesia.

Con gran valentía, el P. Nicéforo le dijo sencillamente: -“Si quieren matarnos, háganlo aquí, en la iglesia”. Para él, el templo era el mejor lugar para el martirio.

Ciertamente ese hombre... valentón, no había contado con esta actitud tan pacífica y valiente de los religiosos. No poco confuso, se dirigió todavía al P. Nicéforo con estas palabras:

-“¿Quién ha dicho que queremos mataros? Lo que queremos es que os vayáis de aquí”.

A los pasionistas de Daimiel no les quedaba otro remedio que obedecer. Escoltados como si fueran malhechores, los religiosos pasionistas salieron de la iglesia y se internaron en la oscuridad y en lo desconocido. Todos estaban dispuestos al martirio. Ninguno intentó huir ante la muerte. Todos permanecieron fieles al Señor.

¿A dónde les llevaría ahora su camino, en medio de la oscuridad, tan avanzada la noche y rodeados de enemigos?

SE RIEGAN TAMBIEN LAS ESPINAS

La rosa es la reina de las flores.
El martirio, el mejor
y más noble testimonio
del amor.

“Mártir” significa,
etimológicamente,
“testigo”.

*-”No hay amor (testimonio)
más grande
que el que da la vida
por el amigo”.*

Estos Mártires
dieron su vida por Cristo.
Son **Rosas de su Calvario.**

Pero benefician
a toda la humanidad.

Gracias a las **rosas,**
el jardinero riega también...
las **espinas.**

CAMINO DEL CEMENTERIO

Primero se les dio orden de que se dirigieran hacia la estación. Algunos pensaron que allí les dejarían tomar el tren y alejarse. ¡Vana ilusión! La comitiva cambió pronto de rumbo y tomó otra dirección, esta vez camino del cementerio. Esto no podía significar nada bueno. El P. Nicéforo y sus compañeros estaban convencidos de que allí serían fusilados.

De dos en dos, acompañados por hombres armados del "frente popular", caminaban envueltos en la oscuridad de la noche. Silencio absoluto. Pero cuanto mayor era el silencio, tanto más vivo se hacía en ellos el mundo de sus pensamientos. En aquellos momentos y en la oscuridad de la noche, no podían ser más siniestros. Uno de los cinco supervivientes describiría, después de la guerra, los sentimientos que les embargaban en aquellos trágicos momentos: - "*Nuestra excitada fantasía veía ya cavada la tumba. ¿Nos enterrarían vivos?, ¿o muertos? La muerte nos causaba espanto. Pero el pensamiento de que nos enterrasen vivos era todavía mucho más horrible*".

Nada de esto, sin embargo, sucedió. Al llegar al cementerio, los hombres del "frente popular" los dejaron en libertad con la orden de seguir adelante y de no dejarse ver más por Daimiel y sus cercanías. De no hacerlo así, su vida correría el mayor peligro.

Los religiosos, que ya habían visto tan de cerca la muerte, dieron un respiro, tuvieron una gran sensación de alivio. Al principio, casi no podían creer que se les hubiera dejado en libertad. Pronto germinó en su corazón la esperanza. Tal vez había todavía salvación. En silencio, siguieron su camino sin saber dónde había de terminar. Un solo un pensamiento y propósito guiaba a estos hombres de Dios: Serían siempre fieles a Cristo, que para ellos era "el camino, la verdad y la vida".⁵

Al llegar a la bifurcación de la carretera de Ciudad Real a Bolaños, se detuvieron. Como no era posible que treinta y un hombres juntos pasaran desapercibidos las líneas del frente rojo, decidieron dividirse en grupos. Cada sacerdote tomaría bajo su protección a dos estudiantes. El superior repartió el poco dinero de que disponían. Luego, llegó la hora de la despedida. Si todo salía bien, se encontrarían de nuevo en Madrid. En caso contrario...

Era natural que pensarán también en una despedida hasta volverse a encontrar en el cielo. Con

5. Jn 14, 16.

palabras conmovedoras, con la mayor emoción, se abrazaron fuertemente y se despidieron. Como hermanos muy queridos antes de la separación de un largo viaje.

Cada grupo tomaría una dirección distinta. Sabían, sin embargo, que "ni la tribulación, ni la angustia, ni la persecución, ni el hambre, ni la desnudez, ni el peligro o la espada podrían separarles del amor de Cristo".⁶

Esta seguridad les daba fuerza para seguir hasta el final su camino del Calvario. Eran... ¡**pasionistas!**

6. Rom 8, 35.

LA ROSA

Si la rosa supiera
que tiene tal aroma
y que es tan hermosa,
dejaría de ser... rosa.

PRIMERAS ROSAS DEL CALVARIO

Al llegar las primeras luces del alba, en la estación de El Campillo, en el trayecto entre Daimiel y Almagro, apareció un grupo de veintún religiosos. El jefe de estación, Manuel Martín Pozuelo Pini-lla, se recordaría muy bien, a lo largo de toda su vida, de aquel encuentro maravilloso. El conocía sólo a un sacerdote. Su esposa, a dos padres y a un estudiante.

Los pasionistas les contaron la triste historia de su expulsión del convento del **Santo Cristo de la Luz**, de Daimiel. Ahora, querían únicamente billetes para Madrid. Para no levantar sospechas, irían en dos grupos y en dos trenes diferentes.

Movidos a compasión, la familia Pozuelo Pini-lla les ofreció pan y bacalao, lo único que tenían. En agradecimiento, los religiosos les dieron cuatro crucifijos pequeños, de los que ellos regalaron luego dos, quedándose con los otros dos, que conservan con la mayor veneración en su propia casa.

Aconsejados por el jefe, doce religiosos, entre

ellos el P. Nicéforo, tomarían el tren de las nueve y media, que se dirigía a Madrid pasando por Manzanares. Los otros nueve tomarían otro tren, media hora más tarde, e irían en dirección diferente, esto es, por Ciudad Real, hacia la capital de España.

Sin embargo, el sueño de la libertad desaparecería bien pronto. Como una burbuja de jabón en el agua. Sus enemigos no les habían olvidado. Al contrario, iban siguiendo cuidadosamente cada uno de sus pasos. Antes de que el grupo de los doce llegase a Manzanares, el anarquista Francisco **Menchén** había comunicado ya su llegada a su hermano Antonio, que trabajaba en la misma estación y era famoso por su odio contra Dios y contra la Iglesia. Sus palabras revelan bien sus intenciones: - *“Van a pasar por ahí los pasionistas de Damiel. ¡Carne fresca! No la dejéis escapar..”*

Su viaje fue muy corto, con un final totalmente inesperado. En Manzanares se les ordenó bajar del tren. Apresados por el comité de la estación, fueron llevados al ayuntamiento, donde se les encarceló.

La mañana siguiente, muy temprano, los milicianos los llevaron de nuevo a la estación. Se les dijo que a las seis de la mañana podrían tomar el primer tren para Madrid. Pero cuando el P. Nicéforo estaba ya en la taquilla para sacar los billetes, entró de repente un miliciano y comenzó a amenazar con su pistola al funcionario de la estación, recriminándole por su cooperación a la fuga.

El P. Nicéforo trató de salvar a este hombre

bueno. Se puso de rodillas ante el miliciano y le pidió misericordia para él: - *“Por favor, no le hagan nada. Mátenme a mí, si es preciso...”*

Mientras tanto, fuera de la estación se había reunido un gran número de milicianos y de chusma alborotada. A gritos pedían la muerte de los religiosos. Al verlos, el P. Nicéforo y sus compañeros retrocedieron asustados. Luego, fueron empujados hacia un campo junto a la estación y allí obligados a correr. Cuando estuvieron ya de espaldas y a muy poca distancia, los milicianos comenzaron a disparar contra ellos. Como caza recién levantada, cayeron estos religiosos, engañados, bajo los disparos de sus enemigos.

Algunos pudieron todavía moverse y trataron de levantarse. Todo inútil. No podían más. Estaban heridos de muerte.

“¿TODAVIA SONRIES?”

Testigos presenciales cuentan que el P. Nicéforo, ya próximo a la muerte, levantó sus ojos al cielo, volvió su rostro hacia sus perseguidores y les ofreció una sonrisa. Con este gesto quiso asemejarse a Jesucristo, que, en la cruz, perdonó a los que le crucificaban.

- *“Padre, perdónalos. No saben lo que hacen”* ?

7. Lc 23, 34.

Este gesto, sin embargo, de perdón, excitó todavía más la rabia de los milicianos. Uno de ellos, dirigiéndose al P. Nicéforo, moribundo, le gritó: - "Cómo, ¿todavía sonríes?"

Y a su sonrisa de perdón, este desalmado correspondió disparándole a bocajarro un tiro, que acabó con su vida acá en la tierra. A este valiente, a este heroico pasionista, nadie podría quitarle ya la corona gloriosa del martirio, por el que tantas veces había suspirado.

Con el **P. Nicéforo** murieron también allí, acribillados por las balas, los cuatro religiosos más jóvenes: **José Estalayo, Abilio Ramos, Epifanio Sierra** y **Zacarías Fernández**, todos ellos estudiantes. Sus cadáveres fueron levantados más tarde y enterrados en el cementerio de Manzanares.

Los otros siete, gravemente heridos, fueron llevados, en una ambulancia de la Cruz Roja, al hospital. Uno de ellos, **Fulgencio**, de 19 años, murió sólo tres horas después de su llegada al hospital. Para los otros seis, la palma del martirio, que parecía estar ya en sus manos, nuevamente se alejaba, sin saber hasta cuándo. Su grande ilusión se cumpliría tres meses más tarde. También ellos serían, al fin, mártires gloriosos de Cristo.

En Manzanares, a sólo 20 kilómetros de Daimiel, alcanzó todo su esplendor este primer ramillete de **Rosas del Calvario**. ¡Color rojo, bien rojo, de sangre! ¡Aroma de santidad y de martirio!

DAR LA VIDA POR CRISTO

Al dar la vida por Cristo,
no se deshoja ,
ni se marchita
una flor.

Es que florece una rosa
y se sublima el amor.

¡Cómo gana su perfume
y su color!

A LAS PUERTAS DE MADRID

Y mientras tanto, ¿qué sucedió con el otro grupo?

En la estación de El Campillo tomaron el tren para Ciudad Real. Pero tampoco pudieron liberarse de las garras de sus perseguidores, que, poco antes de llegar a la capital, se echaron sobre ellos y los apresaron. Obligados a bajar del tren, en fila de uno en uno, con una soga al cuello y escoltados por los milicianos, fueron llevados al palacio de la gobernación. Pero antes, habían divulgado ya esta noticia: -“*Se encuentran aquí unos sacerdotes que disparan contra el pueblo*”.

¡Qué vergüenza! ¡Decir esto de unos hombres tan indefensos y conducidos como esclavos! ¿Dónde están sus armas?

Pero la multitud exaltada está siempre dispuesta a creer lo que quiere. Así, esta calumnia no dejó de producir su efecto. De una obra en construcción, un obrero lanzó furiosamente un ladrillo contra ellos. El ladrillo vino a caer sobre la cabeza de un joven estudiante de 21 años, llamado José. La herida comenzó a sangrar abundantemente.

Antonio Sánchez de Santillana, empleado de la gobernación de Ciudad Real, vivió muy de cerca ese camino de dolor de los valientes religiosos. El gobernador, Vidal Barreiro, le ordenó que se hiciera cargo de ellos. Atraído por el rumor de la calle, bajó a toda prisa hasta la puerta. Lo que contemplaron sus ojos le causó espanto: -“¡El grupo de los detenidos que venían en fila india, atados todos al cuello con una misma cuerda...!”

Iban en silencio, con gran dignidad, escoltados por los milicianos y rodeados de una multitud exaltada y gritando contra ellos. Al ver esto, le viene a uno inmediatamente al pensamiento Jesús, apresado por sus enemigos y camino de los tribunales o del Calvario.

Antonio Sánchez de Santillana advirtió que uno de los presos sangraba abundantemente por la cabeza y, con gran sorpresa de los milicianos, dio órdenes de que les quitasen la soga. Luego les llevó al primer piso e informó al gobernador. Este mandó que se avisase inmediatamente a la Casa de Socorro y se atendiera al herido. No era difícil diría más tarde el señor Sánchez de Santillana darse cuenta de la verdadera identidad de aquellos hombres, a pesar de ir vestidos de seglar. La serenidad de su rostro, la humildad y mansedumbre con que soportaban en silencio todas las injurias, decían claramente quiénes eran.

Por carecer de documentación, el gobernador Barreiro dio orden de que se les tomasen los datos personales y luego se los pasasen, de uno en uno,

su despacho. Entró primero el P. Germán, el rector de la comunidad. El Padre respondió con la mayor serenidad a todas las preguntas que se le hicieron. Al final, pidió un salvoconducto para que pudiera continuar su viaje hasta Madrid.

Luego entró el P. Felipe, que, con sus 62 años era el más anciano de la comunidad de Daimiel. El señor Sánchez de Santillana quedó muy impresionado ante la presencia de este anciano sacerdote. Lleno de compasión, le miró a los ojos y le dijo profundamente conmovido: -“No está el discípulo en mejores condiciones que el Maestro”.⁸

Estas palabras, salidas de un corazón noble y cristiano, impresionaron profundamente al P. Felipe. Este abrió su boca para decirle también algo, seguramente de agradecimiento, cuando en ese mismo momento entró un miliciano. El Padre calló; el señor Sánchez de Santillana cambió de repente de conversación y de tono de voz. El P. Felipe siguió luego adelante con la declaración de sus datos personales.

Terminadas estas formalidades, se dio a los religiosos el salvoconducto tan deseado. En él se consignaba que eran pasionistas de la comunidad de Daimiel, que se dirigían a Madrid y a los que, a falta de documentación normal, se les concedía este salvoconducto. ¡Quién iba apensar que precisamente este salvoconducto, dado con la mejor voluntad, iba a ser su sentencia de muerte!

8. Mt 10, 24.

El gobernador Barreiro desconfiaba de la chusma alborotada de Ciudad Real. Temía que fuese capaz hasta de linchar a este pequeño grupo al llegar a la estación. Por eso ordenó que, en un autobús, fuesen llevados hasta Malagón, a pocos kilómetros de la ciudad. Allí tomarían el tren de la una de la tarde en dirección a Madrid.

Desde su ventana, el señor Sánchez de Santillana contemplaba la triste comitiva que se alejaba cruzando la plaza. El P. Germán y sus compañeros, escoltados por los milicianos, pasaron por medio de aquella multitud de hombres y mujeres exaltados contra ellos. Sus amenazas y burlas, sin embargo, no lograron alterar a estos discípulos de Cristo, conscientes de que iban siguiendo las huellas de su Maestro.

Unos días más tarde, cuando el señor Sánchez de Santillana estaba preparando salvoconductos a otros religiosos, se le acercó el gobernador y, susurrando al oído, le dijo que no pusiera que eran religiosos: que los pasionistas de Daimiel habían sido reconocidos por eso antes de llegar a Madrid, y vilmente asesinados.

Desde Malagón, el pequeño grupo consiguió llegar sin novedad hasta las afueras de la capital de España. Pero habían sido identificados como religiosos. Ya a las puertas de Madrid, en Carabanchel, se les obligó a bajar del tren, y todos fueron vilmente asesinados la mañana del 23 de julio de 1936.

Indefensos e inocentes, los nueve pasionistas

cayeron abatidos por la lluvia de balas de los milicianos. Estos héroes de Cristo encontraron luego su descanso en el cementerio de Carabanchel.

Al hacerse la autopsia de los cadáveres, el médico forense encontró todavía el salvoconducto en sus bolsillos. Este salvoconducto les había servido de pase para la eternidad. Iban como "**pasionistas**". Habían dado su sangre y su vida por su Maestro, por Cristo.

El último testigo que los recuerda vivos, Antonio Sánchez de Santillana, de Ciudad Real, afirma de ellos:

- "De lo que vi y palpé, estoy plenamente convencido que venían condenados a muerte ya desde Daimiel, y que se transmitían por teléfono esta orden de una estación a otra. Mi íntima convicción es que fueron verdaderos mártires, que murieron por el hecho de ser religiosos y sin oponer resistencia..."

Consignamos aquí los nombres de todos estos heroicos religiosos que dieron su vida por Cristo. Además de los PP. **Germán Pérez** y **Felipe Valcabo**, formaban parte del grupo y murieron mártires de su fe, los hermanos coadjutores **Anacario Benito** y **Felipe Ruiz**, y los estudiantes **José María Ruiz**, **Maurilio Macho**, **Laurino Proaño**, **José Osés** y **Julio Mediavilla**.

¡Hermoso ramillete de *Rosas del Calvario!*

ROSALES EN FLOR

**Testigos de amor
de Cristo Señor,
mártires santos.**

**Rosales en flor,
de cristo el olor,
mártires santos.**

Común de mártires, laudes.

NO LEJOS DE CIUDAD REAL

No lejos de Ciudad Real, cerca de Torralba de Calatraba, había un molino. Llevaba el nombre peónico de "Flor de Ribera". El 23 de julio de 1936, tres hombres extraños llamaron a la puerta. La señora Sagrario López, hermana del molinero, no podía creer lo que vieron entonces sus ojos. Era... ¡el P. Pedro, de Daimiel!

Aunque vestido de seglar, pudo reconocerle bien, ya que la señora Sagrario iba con regularidad a la iglesia del **Santo Cristo de la Luz** y allí había visto muchas veces a este joven sacerdote. Ahora, acompañado del estudiante Félix y del hermano Benito, el P. Pedro estaba esperando a su puerta. ¿Qué habría sucedido?

Cansados y sedientos del largo caminar, como perdidos por aquellos campos, los tres religiosos pidieron un poco de agua. Tal vez en aquel momento, la piadosa mujer pensó en las palabras de Jesús: - *"Os aseguro que ninguno que dé a beber, aunque sea sólo un vaso de agua fresca, a uno de estos humildes porque es mi discípulo, dejará de recibir su recompensa".*⁹

9. Mt 10, 42.

Los religiosos tenían plan de ir a Madrid, a casa de una hermana del P. Pedro. Querían tomar el tren de Malagón y verse libres, cuanto antes, de aquella zona de peligro. La señora Sagrario López les aconsejó insistentemente que no tomaran la carretera. Pasaban muchos vehículos por ella. El peligro de ser reconocidos y apresados era muy grande.

El P. Pedro y sus compañeros, sin embargo, no desistieron de su idea y, a pesar del consejo de esta buena mujer, tomaron la carretera. Pero junto al molino de "Puente Navarro", a orillas del Guadiana, fueron a caer directamente en manos de los milicianos, que, atándoles codo a codo, les llevaron presos a la cárcel de Malagón.

Uno de los que estaban ya presos en dicha cárcel, el joven Julián Sánchez Castilla, recordará siempre muy bien esta llegada de los pasionistas. Los milicianos les metieron a empujones en la cárcel, gritando: -*Traemos tres peces gordos; son frailes de Daimiel*".

Por estar estrechamente vigilados, Julián Sánchez Castilla no pudo hablar ninguna palabra con los recién llegados. Pero se fijó bien en los rasgos de su rostro. Lo que vio le impresionó profundamente. Su bondad, su entrega a la voluntad de Dios se reflejaban visiblemente en esos rostros demacrados por las fatigas y el cansancio. Le parecieron unos verdaderos santos.

Durante la noche vinieron los milicianos, sacaron de la cárcel al joven Sánchez Castilla y se lo

llevaron. Así se separaron sus caminos. Más tarde le llegó la noticia de que, al día siguiente, los tres religiosos habían sido llevados, a las cinco de la mañana, a la estación y allí habían tomado el tren para Madrid.

De su futura suerte nos cuenta Eustaquio Moza del Pozo, ferroviario de la estación de Urda, en la provincia de Toledo. Aquel día era su día libre. No trabajaba. Como vivía cerca de la estación, desde su casa pudo ver cómo, poco después de llegar el tren de Malagón, se levantó allí un gran alboroto. Mientras estaba mirando, llegó una vecina suya, Lucía, toda alterada. Algo horrible estaba pasando.

Eustaquio Moza del Pozo se asustó y, movido de curiosidad, salió a la calle y vio a tres hombres llevados por milicianos bien armados. Les seguía una gran multitud alborotada y gritando amenazas contra ellos.¹⁰ Horrorizado de cuanto acababan de ver sus ojos, el buen Eustaquio regresó a su casa. Conteniendo el aliento, esperaba allí, de un momento a otro, la salva de disparos que acabarían con la vida de aquellos pobres prisioneros, víctimas de la chusma alborotada.

Minutos interminables de silencio, de un silencio mortal. ¿Habrían aplazado la ejecución? ¿Habrían cambiado de idea?

10. La masa de revolucionarios era gente de Urda y de Consuegra. En esta población fueron sacrificadas, durante la guerra civil española, 46 víctimas, de ellas 32 religiosos franciscanos en un caso muy parecido al de los pasionistas de Daimiel. (Cf. Fernando Piélagos, C.P., *Vida y testimonio. Homenaje a los 26 Mártires Pasionistas de Daimiel*, Zaragoza 1989, p. 223.

Movido de curiosidad, salió de nuevo a la calle. Estaban empujando a los religiosos hacia la parte oriental de la estación, cerca del depósito del agua. Minutos más tarde, el estallido siniestro de los disparos. Luego.... ¡silencio!; ¡otra vez silencio!

Después de salir el tren, él mismo pudo comprobar el vil asesinato de estos tres hombres de Dios. Yacían muertos en tierra, con el rostro hacia el suelo. Luego se enteró de que se habían negado a levantar el puño, el saludo comunista, que sus asesinos les habían exigido. Era el 25 de julio de 1936, fiesta del Apóstol Santiago, Patrón de España y el primero de los Apóstoles en dar la vida por Cristo.

También estos tres pasionistas habían preferido morir antes que renegar de su fe cristiana.

Inmisericorde, el sol de mediodía abrasaba aquellas tierras manchegas, cuando los cadáveres fueron echados en un camión y llevados al cementario de Yébenes, en la provincia de Toledo. El sacerdote **Pedro Largo**, el estudiante **Félix Ugalde** y el hermano coadjutor **Benito Solanana** no sentían ya el fuego de aquel sol abrasador de julio. No les atormentaría ya más la sed. Habían llegado ya a la fuente inagotable del agua de la vida. Estaban ya con Dios.

DIOS NOS CONTEMPLA DESDE EL CIELO

“Cuando estamos en el campo de batalla
y luchamos por la fe,
Dios nos contempla desde el cielo.
Nos contemplan también
los ángeles y el mismo Cristo.

¡Qué excelencia tan alta,
qué suerte tan bienaventurada
luchar en la presencia de Dios
y recibir de Cristo...
la corona de la victoria!”

S. Cipriano de Cartago, cf. *Lektionar zum Stundenbuch* I/3, p. 231.

¡VIVA CRISTO REY!

Pero no todos los pasionistas de la comunidad de Daimiel sufrieron un martirio tan rápido como el que hemos venido contando hasta ahora. El de algunos duró varios meses. En todo ese tiempo y siempre ante la muerte por Cristo, estos santos religiosos fueron madurando todavía más para la cosecha eterna.

Tal fue la suerte del P. Juan Pedro, vicario del convento, y el hermano Pablo María, el portero. Después de la despedida en la noche oscura de la expulsión del **Santo Cristo de la Luz**, cada grupo siguió el itinerario que creyó más seguro. Cinco religiosos, los únicos supervivientes de la tragedia de la guerra civil española, llegaron a Torralba de Calatrava al amanecer del día 22 de julio. Allí serían sometidos a un chequeo minucioso y, luego, podrían continuar su camino. En la carretera, cerca de Torralba, encontraron al P. Juan Pedro y al hermano Pablo María, sentados en la cuneta y agotados por las enfermedades, los años y el tanto caminar. Les animaron a seguir adelante, a lo que ellos les respondieron: *-“Id vosotros, que podéis correr más. Nosotros iremos a nuestro paso...”*

Los cinco religiosos siguieron su camino, llegaron hasta Torralba y pudieron subir al autobús, que iba a salir para Ciudad Real. Antes de que éste arrancara, vieron de lejos al P. Juan Pedro y al hermano Pablo María, y convencieron al conductor para que les esperara. Llegaron cansados y jadeantes. Subieron al autobús, y todos fueron juntos a Ciudad Real. El P. Juan Pedro y el hermano Pablo María no volvieron a ser vistos ya más por el grupo de los cinco.

Por recomendación de los religiosos Misioneros del Inmaculado Corazón de María, más conocidos por el nombre de Claretianos, encontraron refugio en una pequeña pensión de la ciudad. Los dueños, Constantino y Ramona Martínez, eran buenos cristianos y de plena confianza. Ya habían dado refugio también a otros sacerdotes. Ellos y sus tres hijas fueron testigos, en los meses siguientes, de la fe y virtud de estos dos santos religiosos. No pudo borrarse nunca de su memoria lo aprendido en esta escuela de santidad.

Aunque no se encontraban en el ambiente ni en el silencio del convento, no dejaron sus prácticas habituales de piedad. Se levantaban muy temprano para rezar juntos el breviario y dedicaban muchas horas cada día a la oración mental. Solían hacer sus rezos con los brazos en cruz y cada día rezaban juntos el santo rosario. Todo en ellos irradiaba bondad y santidad. La señorita Antonia Martínez nos lo cuenta más detalladamente:

- "Todas las mañanas se levantaban a las cinco.

Hacían sus rezos y sus oraciones. Desayunaban a eso de las nueve de la mañana. Dedicaban el tiempo a lectura espiritual... y recitaban el Oficio Divino... (El P. Juan Pedro) confesaba a todos los que estaban en casa.

"Comían a eso de la una y, después de un rato de recreo, hacían su oración y se dedicaban a la lectura de cosas espirituales: rezaban en común con otros religiosos que allí estaban y con la familia... El P. Juan Pedro y el hermano Pablo rezaban aparte los quince misterios del rosario.

"El P. Juan Pedro animaba y alentaba a los demás a soportar el martirio, de cualquier manera que viniese, y para ello pedían todos los días esta gracia al Señor.

"Si alguno nos saca para fusilarnos -nos decía el P. Juan Pedro- os pedimos que a nadie tengáis odio ni rencor por mal que nos hagan...

"El hermano Pablo ayudaba cuanto podía en las faenas de casa, ayudando a veces de cocinero, ya preocupándose del corral... Con su trabajo deseaba no ser gravoso a nadie y ganar algo; por eso se le buscó una zapatería para poder trabajar como zapatero...

"Casi todos los rezos los hacían con los brazos en cruz. El hermano no podía aguantar tanto tiempo".

Felices con cualquier cosa que se les ofreciera, dormían sobre jergones extendidos en el duro suelo. Lo único que echaban de menos era la eucaris-

tía. Su alma sentía hambre, gran hambre de Dios. El P. Juan Pedro, bien conocido de los fieles de Daimiel por su piedad, sufría muchísimo al no poder celebrar la santa misa. Como ya hemos indicado, en la casa oía las confesiones de los demás, a los que con sus palabras infundía siempre gran ánimo y confianza. Jamás le oyó nadie hablar mal de sus perseguidores. A todos recomendaba el perdón.

A este amor solamente se puede llegar por la total vivencia del amor de Cristo, amor que todos podían comprobar en el comportamiento de estos dos religiosos.

La vida escondida de estos inocentes perseguidos terminó de un modo inesperado. El 25 de septiembre de 1936, milicianos armados penetraron bruscamente en la pensión. Eran las diez de la mañana. Los inesperados visitantes preguntaron por las personas que se encontraban en la casa. La familia Martínez se asustó. Era claro que alguna indiscreción se había filtrado al exterior.

Uno de los milicianos le puso el arma a la espalda a la señora Martínez, apuntando para obligarla a hablar. Los milicianos no hicieron el menor caso de la documentación que el señor Martínez había preparado para el P. Juan Pedro y los demás que estaban en la pensión, sino que comenzaron a registrar, una por una, todas las habitaciones y a ir sacando a todos los que habían acudido allí en busca de refugio. La señora Martínez, en un intento para salvar al hermano Pablo María, dijo que

era zapatero. Entonces, uno de los milicianos armados, agarró fuertemente al hermano por el brazo exigiéndole que le enseñara sus manos encallecidas, cosa que el buen hermano hizo sin la menor señal de protesta. Sus manos estaban, efectivamente, encallecidas por el trabajo.

¡Todo inútil!

Los religiosos fueron sacados de la pensión y llevados de allí, juntamente con otros tres sacerdotes. Una mirada silenciosa y agradecida a la buena familia que los había acogido. Luego fueron conducidos en dirección del seminario, que entonces hacía de checka o prisión.

Sin la menor resistencia y con gran resignación, los religiosos caminaron delante de los milicianos armados, para, como éstos decían, hacer allí una "declaración". Todos sabían, sin embargo, qué es lo que querían decir con esta palabra: "declaración".

A las 11 de esa misma noche, los milicianos volvieron otra vez a la pensión de la familia Martínez para llevarse las pertenencias de los detenidos. Cuando una de las hijas les preguntó qué había sido de ellos, uno de los milicianos le respondió burlonamente: - "No te preocupes, les hemos dado ya el pasaporte para América".

La joven entendió muy bien lo que con esta expresión quiso decirle. Luego supo que, después de un breve proceso apañado y falto de todas las formalidades legales, junto a un pozo, cerca de

Carrión de Calatrava, habían sido acribillados a balazos. Así terminaron su lucha terrena.

Pero aquí, los vencidos habían sido los vencedores. El P. **Juan Pedro** y el hermano **Pablo María** murieron con el crucifijo en sus manos y gritando: *¡Viva Cristo Rey!*

Le habían seguido fielmente durante la vida. En la muerte, Cristo les había llevado consigo a su reino.

Sus restos mortales esperan la gloriosa resurrección final en la gran **Basílica del Valle de los Caídos**, en Guadarrama, Madrid, juntamente con tantos otros compañeros de tragedia. "Caídos", sí; pero no vendidos, sino vencedores. Por eso ahora reinan con Cristo para siempre.

TRIGO DE DIOS

"Trigo soy de Dios,
y he de ser molido
por los dientes de las fieras,
para llegar a ser
pan limpio de Cristo..."

Todo mi deseo y voluntad
están puestos en aquél
que por nosotros murió
y resucitó.

Para mí,
mejor es llegar
a Cristo Jesús
por la muerte,
que ser rey
hasta los últimos confines
de la tierra".

S. Ignacio de Antioquía.

“SIN PERDER DE VISTA LA META”

Volvamos ahora, una vez más, a aquellos seis heridos que dejamos en Manzanares. El 23 de julio, después de la masacre de la estación, fueron llevados al hospital y, allí, atendidos por las Hijas de la Caridad de san Vicente de Paúl. Al poco tiempo de su llegada, el P. Ildefonso recobró el conocimiento, abrió los ojos y preguntó: -“¿Dónde estamos?” Una religiosa le respondió: -“Con las Hijas de la Caridad”. Entonces exclamó él visiblemente emocionado: -“¡Gracias a Dios! Somos pasionistas”.

Estas buenas religiosas les cuidaron con el mayor cariño y espíritu de sacrificio. Les limpiaron las heridas, les curaron...

Pero el gozo, pronto se convertiría en pena. Poco a poco se fueron dando cuenta de que el sacrificio de su vida no había sido todavía aceptado. Exclamaban entre suspiros:

-“¡Qué lástima! Teníamos la palma del martirio en las manos y...”

Lo que ahora comenzaba para ellos era otro más largo y penoso martirio. El P. Justiniano, de 26 años de edad, había sido herido en un ojo por una bala y sufría mucho. Sometido a una dolorosísima operación, no logró recuperar la vista.

Con pinzas y con el mayor cuidado fueron sacando las balas y los trozos de bala de los cuerpos de los religiosos. Al estudiante Honorino le lavaron la herida del brazo con agua y sal, que le abrasaba como fuego. A pesar de ello no exhaló ninguna queja. Pero no sólo él; a ninguno de estos pasionistas heridos se le oyó la menor queja en medio de sus grandes dolores. En los momentos más difíciles, tal vez algún pequeño suspiro incontrolable de dolor.

El Dr. Francisco Alonso, que los atendió, no se cansaba de contar luego, con la mayor emoción, la valentía y paciencia con que estos religiosos habían soportado todos sus sufrimientos.

Las buenas Hermanas se preocuparon de poner a los seis en una misma sala. De este modo no serían molestados y podrían libremente hacer sus oraciones juntos. A pesar de sus graves heridas, una vez, el P. Ildefonso se levantó de la cama para asistir a un moribundo. Este moribundo había sido un perseguidor de la Iglesia. Pero el amor no tiene límites. El Padre recordaba bien las palabras del Señor: - "Benedicid a los que os maldicen".¹¹

11. Lc 6, 28.

Aunque con gran peligro de su propia vida, el P. Ildefonso se las arregló para dar muchas veces la sagrada comunión a las religiosas y a sus compañeros. Si al amanecer del día 1 de agosto de 1936, alguien hubiera entrado en la sala de recepción del hospital de Manzanares, habría sido testigo de una ceremonia emocionante: El P. Ildefonso daba por última vez la sagrada comunión a las religiosas y a sus propios hermanos pasionistas.

Las Hijas de la Caridad de san Vicente de Paúl tenían miedo de que se las expulsase del hospital y así, la noche anterior, habían pedido al Padre que les diera la comunión y que consumiera todas las formas consagradas que estaban en el sagrario.

Pocas horas más tarde, estas Hijas de la Caridad eran obligadas a abandonar el hospital. Los PP. Ildefonso y Justiniano, y los cuatro estudiantes, las echaron mucho de menos. Ahora quedaban totalmente desprotegidos.

Cuando se repusieron un poco de sus heridas, los pasionistas trabajaron en los distintos servicios de la casa: ayudaron en la limpieza y en la cocina, e hicieron también de enfermeros.

Aunque conocían bien lo que les esperaba, nunca se mostraron tristes ni renuentes en sus trabajos. La perspectiva de una muerte cercana les hacía todavía más diligentes y... también más reservados y concentrados en sí mismos. Esta interiorización de su realidad hizo que se transparentara a veces, de un modo especial, su alegría por el martirio que les esperaba. Al P. Justiniano, que

había perdido ya un ojo y que ahora cuidaba con el mayor cariño a los heridos y enfermos, mantenía muy alta la moral y contagiaba a los demás. De cuando en cuando, se le oía cantar esta copla, con música y letra compuestas por él mismo:

*"Justiniano, Justiniano,
¿qué muerte te esperará?
Do, re, mi.
Do, re, fa.*

*Morir por Cristo
es todo mi ideal:
Do, re, mi.
Do, re, fa".*

Este joven sacerdote, desde hacía escasamente un año profesor de filosofía y de lenguas clásicas en el estudiantado de Daimiel, llevaba ya largo tiempo una herida oculta en su corazón. Sólo su superior tenía noticia de ella. En su gran celo apostólico, el P. Justiniano suspiraba por ir de misionero a las tierras lejanas y heladas de Alaska. Ahora el Señor le asignaba otra misión bien diferente y, una vez más, él puso su vida en las manos de Dios. Solía decir: - "*Mi ideal ha sido siempre morir por Cristo*".

Sin perder nunca de vista la meta,¹² estos seis religiosos pasionistas suspiraban por la corona de la victoria, la corona del martirio, para lograr así su total configuración con Cristo.

¹². Cf. Flp 3, 14.

Su situación actual no podía durar largo tiempo. El 23 de octubre de 1936, precisamente el mismo día en el que hacía tres meses habían sido fusilados y en que habían muerto sus compañeros, ellos fueron metidos en una furgoneta y llevados... ¿A dónde?

Se les dijo que el gobernador había dado órdenes de llevarlos a Ciudad Real, para hacer una declaración. Los religiosos no se llevaron a engaño. Para prepararse mejor, el P. Ildefonso dio a todos la absolución sacramental.

Al llegar a la capital, se habló con el gobernador. ¿De qué? ¿Cuál fue su decisión?

Luego, la furgoneta se dirigió otra vez camino de Manzanares, pasando nuevamente por Daimiel. En el kilómetro 6 de la carretera, antes de llegar a su destino, se les obligó a bajar y, sin más, todos fueron vilmente asesinados. Además de los **PP. Ildefonso y Justiniano**, fueron acribillados a balazos **Eufrasio, Tomás, José María y Honorino**, todos ellos jóvenes estudiantes de filosofía.

¿Por qué razón?

La que había dado el joven Honorino ante el dolor de sus heridas: - "*Soy pasionista*".

Con ellos eran ya 26 los religiosos de la comunidad de Daimiel, que habían dado su vida por Cristo. El **Santo Cristo de la Luz**, en la iglesia de su convento de Daimiel, se veía ya para siempre adornado con este hermoso ramo de **Rosas del Calvario**.

El 31 de agosto de ese mismo año, el P. Salvador de María Virgen, provincial italiano, escribía en una carta al P. Inocencio Gurruchaga, Vicario General de la Congregación Pasionista: -“La Iglesia y nuestra Congregación triunfan en la gloria de los nuevos mártires, que vuelan al cielo con la palma del martirio”.

Otros cinco pasionistas de Daimiel, después de incontables privaciones y sufrimientos, lograron pasar las fronteras del frente de batalla y librarse de la persecución y de la muerte. Eran los PP. Zenón Merino y Pablo Vega, y los estudiantes Andrés Goya, Gonzalo Cirauqui y Melitón Alonso. Algunos viven todavía.



Beatos Mártires Pasionistas de Daimiel, el ramo más hermoso de *Rosas del Calvario*. Cuadro de la Plaza de san Pedro, en Roma, el día de su Beatificación, 1 de Octubre de 1989.

ROSAL DE ROSAS ESCARLATAS

Rebosa ya el rosal de rosas escarlatas,
la luz del sol tiñe de rojo el cielo,
la muerte estupefacta contempla vuestro vuelo.

Común de un mártir, oficio de lecturas.

MARTIRIO DE AMOR

El día 14 de agosto de 1936, en Castelgandolfo, el Papa Pío XI dirigió una alocución a 500 refugiados españoles, en cuyos rostros podían leerse todavía los horrores de la persecución. En vista de la valiente confesión de tantos católicos en España, el Santo Padre habló del "*esplendor de las virtudes cristianas y sacerdotales*". A todo este sufrimiento, el Papa lo llamó "*verdadero martirio, en todo el sentido santo y glorioso de esta palabra*".

Pero, ¿dónde está la esencia más profunda del martirio? ¿Cuál es el sentido de una muerte aparentemente tan sin sentido?

El Concilio Vaticano II da a estas preguntas una respuesta bien clara, vinculando estrechamente la teología del martirio con la práctica del amor. El fundamento bíblico son estas palabras de Jesús: "*No hay amor más grande que el que da la vida por sus amigos*".¹³

13. Jn 15, 13.

Esta afirmación del Señor en su Evangelio encuentra su mejor forma de expresión en la pasión y muerte de Jesús en la cruz. Jesucristo se presenta aquí como el modelo de todo mártir. El amor, que le llevó a dar su vida por nosotros, es el impulso más fuerte de todo verdadero martirio.

El mártir ha de estar lleno de un profundo amor a Dios, amado por sí mismo y sobre todas las cosas. Este amor incluye al mismo tiempo todo lo que es de Dios; por tanto, también la Iglesia y toda la humanidad. Se trata de un amor puro, que busca solamente a Dios como lo único necesario.

Para este "mayor testimonio de amor" se necesita, sin embargo, una gracia y una vocación especial. El martirio no puede ser nunca obra de las propias fuerzas humanas. Es siempre un don de Dios que, como dice el Concilio Vaticano II, "se da a pocos".¹⁴ Sólo la iniciativa y la llamada de Dios hacen a uno capaz de vivir esta forma de amor. Esto explica el valor y la fortaleza sobrehumana de que han dado prueba los mártires.

El mismo Concilio afirma, sin embargo, que "todos deben estar prontos a confesar a Cristo delante de los hombres y a seguirle, por el camino de la cruz, en medio de las persecuciones, que nunca faltan a su Iglesia".¹⁵ El seguimiento de Cristo significa siempre el "camino de la cruz". De

14. LG, 42.
15. Ib.

aquí la necesidad del sacrificio y de la abnegación en la vida de todo cristiano.¹⁶

Los **Mártires Pasionistas de Daimiel** han seguido fielmente y hasta el final este "camino de la cruz". Subiendo a la cumbre del Calvario, subieron también a la cumbre del amor. Así probaron ser fieles hijos de su fundador, san Pablo de la Cruz, que, en su tratado de la "Muerte Mística", pone en labios de una religiosa, que acaba de hacer su profesión, estas palabras: - "*Quisiera morir en la cruz, con aquella muerte de Jesús, con la que mueren en el Calvario, con el Esposo, las almas enamoradas*".¹⁷

Estos 26 pasionistas siguieron con fidelidad al Esposo de sus almas y completaron en su cuerpo "lo que falta todavía a la pasión de Cristo".¹⁸ Así cumplieron con toda fidelidad la misión de su Congregación: Mantener siempre vivos en la Iglesia la memoria y el anuncio de la pasión de Cristo, a la que su fundador llamaba "la obra más grande y maravillosa del amor de Dios".

En el misterio del amor crucificado penetra sólo aquél que hace la experiencia de la cruz. Plenamente convencida de esto, Edith Stein escribía en una carta, pocas semanas antes de ser llevada al campo de concentración, donde daría su vida por Cristo: - "*La ciencia de la cruz puede alcanzarse*

16. Cf. Mt 10, 38-39.

17. XVII.

18. Col 1, 14.

sólo cuando se llega a experimentar profundamente la cruz. Convencida de esto desde el primer momento, he dicho con todo mi corazón: '¡Ave Crux, Spes Unica!' ¡Salve oh cruz, tú eres nuestra única esperanza!"

Es interesante recordar a este respecto que, al hacerse religiosa carmelita de clausura, Edith Stein cambió su nombre por el de Teresa Benedicta a Cruce. Teresa, por santa Teresa de Jesús, en cuya Autobiografía había encontrado el sentido de su vida y lo que la llevó a hacerse católica, después de haber vivido primero en el judaísmo y luego en la indiferencia religiosa y hasta en el agnosticismo o ateísmo filosófico. Y **Benedicta a Cruce**, no sólo por su gran devoción a la cruz y pasión de Cristo, sino, sobre todo, porque para ella cada cruz era una bendición de Dios, por considerarse bendecida por la cruz. Su nombre en español tendría dos traducciones: Teresa Benedicta *de* la Cruz y Teresa Benedicta (bendecida) *por* la Cruz.

Esta misma espiritualidad y esperanza llenaba también los corazones de aquellos 26 religiosos pasionistas de Daimiel. Por la cruz y con la cruz, que llenaba de sentido toda su vida de auténticos pasionistas, estuvieron siempre dispuestos al combate, a sufrir y a morir por Cristo. Así habían visto desde antiguo los Padres de la Iglesia el sufrimiento de los mártires: Como una participación en la cruz, en la pasión, en la muerte y en la victoria de Cristo.

En la lucha, el P. Nicéforo, cuyo nombre signi-

fica "portador de paz", llevó a sus hermanos religiosos a la victoria imperecedera del amor sobre el odio, por la entrega de su propia vida. Murieron por amor a Cristo, por la Iglesia, por su pueblo, para que pudiera brillar pronto el día de la paz y de la reconciliación.

En la guerra civil española murieron muchos, hubo muchas víctimas inocentes. En ambos bandos: En el republicano y en el nacional. Pero mientras unos murieron por venganzas y rencillas personales o por motivos políticos o de partido, o en el campo de batalla, los religiosos pasionistas de Daimiel, como tantos otros miles de creyentes - obispos, sacerdotes, seminaristas, religiosos, religiosas y seglares - murieron asesinados por su fidelidad a Cristo y a la Iglesia. Todos son víctimas: éstos son además mártires de la fe y como tales les honra y les glorifica la Iglesia. Ya lo dijo san Agustín: "No es la pena, sino la causa la que hace mártir".¹⁹

Al martirio del cuerpo precedió y acompañó siempre el martirio del corazón y del amor. Por eso son *Rosas del Calvario* y florecen eternamente en el cielo.

19. San Agustín, *Sermones* (2), 94, A-I, Ed. BAC, Madrid 1972

EL DOLOR DE CADA DÍA

“Martirio es el dolor de cada día,
si en Cristo y con amor es aceptado,
fuego lento de amor que, en la alegría
de servir al Señor, es coronado”.

Oficio de un mártir, II vísperas.

PASION DE LOS MARTIRES PASIONISTAS DE DAIMIEL

Todo martirio ha de estar calcado en el martirio ejemplar de la pasión, muerte y resurrección de Jesús, el mártir por antonomasia, el gran testigo de fidelidad a Dios y de amor a los hombres. En este capítulo veremos que así lo fue el de los 26 pasionistas de Daimiel. Sorprende el paralelismo entre la pasión de Jesús y la de ellos. Veamos brevemente algunas escenas.

LA ULTIMA CENA

El evangelio nos dice que *“cuando llegó la hora, Jesús se puso a la mesa con los Apóstoles y les dijo: -¡Cuánto he deseado cenar con vosotros esta Pascua antes de mi pasión! Porque os digo que nunca más la comeré hasta que tenga su cumplimiento en el Reino de Dios”*.²⁰

En el convento pasionista de Daimiel, se tuvo

20. Lc 22, 14-16.

la última cena en comunidad el 21 de julio de 1936. Sabían que su pasión estaba cerca; se sentían vigilados, sabían que los registros del convento servían para una toma de posesión del mismo por los milicianos, asegurándose de que no había posibilidad de fuga.

Después, sólo unas horas después, vino la cena eucarística. Al verse asaltado el convento en medio de la noche, el P. Nicéforo pidió a los religiosos que se dirigieran a la iglesia para recibir la sagrada comunión. Para la mayoría de ellos sería la última. Y se haría a toda prisa, ya que los milicianos habían dado solamente media hora para desalojar el convento. El P. Nicéforo dio a todos la absolución general. El mismo la recibió también del P. Germán, superior de la comunidad.

Uno de los presentes escribiría más tarde: -
"¡Qué comunión! ¡Como yo no he visto ninguna!"

Al recibir la comunión, los religiosos pasionistas de Daimiel se preparaban para el martirio, como los hicieron los primeros mártires del cristianismo. De ellos escribe san Cipriano:

"Por esto cuando los antiguos cristianos eran condenados por los perseguidores a los tormentos y a la muerte por confesar la fe cristiana, la Iglesia hacía que se les administrase el sacramento del cuerpo y de la sangre del Señor, para que no desfallecieran en aquella lucha suprema, vencidos acaso por la violencia de los dolores".²¹

21. San Cipriano, *Epist. Comel*, Migne, PL. 3, 878-888.

Robustecidos con el cuerpo y la sangre de Cristo, también los pasionistas de Daimiel experimentaron la fuerza de Dios, que les sostuvo en medio de sus tormentos. Ahora estaban ya bien preparados para comenzar su pasión.

GETSEMANI

El Getsemaní de los pasionistas de Daimiel fue muy corto, pero sumamente intenso. En aquellos momentos de tanta emoción, el P. Nicéforo se dirige a todos sus religiosos e, inspirado por el Espíritu santo, les dice estas palabras:

"Getsemaní, éste es nuestro Getsemaní... A Jesús le confortó un ángel, a nosotros es el mismo Jesús el que nos conforta y nos sostiene... Dentro de pocos momentos estaremos con Cristo... Moradores del Calvario, ¡ánimo!, ¡a morir por Cristo!"

Después de la eucaristía y de la oración, los **Mártires Pasionistas de Daimiel**, a ejemplo de Jesús, se sintieron ya fuertes y preparados para enfrentarse con su pasión y beber hasta las heces el cáliz, que el Padre celestial les preparaba.

EL PRENDIMIENTO

Era poco más de la media noche. Fuera del convento esparaba alborotada una gran multitud

de hombres armados. Venían a prenderlos. El P. Nicéforo y sus religiosos avanzan lentos y decididos desde altar hasta las puertas de la iglesia. Las abren de par en par. El P. Nicéforo se dirige a los asaltantes y des dice con valencía: - "Si nos queréis matar, matadnos aquí..."

No lo hicieron. Pero se les obligó a salir de la iglesia y a abandonar el convento. En medio de la oscuridad de la noche, como en Getsemaní, aquellos religiosos caen indefensos en manos de sus enemigos, fuertemente armados. Nos los recuerda uno de los pocos supervivientes:

- "En filas de dos en dos, nos condujeron hasta el cementerio; nuestra excitada fantasía había cavado ya la fosa. ¿Nos matarían, o nos enterrarían vivos? La muerte nos acobardaba, pero la idea de ser enterrados vivos era algo espeluznante".

Y otro:

- "Yo iba rezando el acto de contrición y pidiendo a Dios y a la Santísima Virgen me dieran fuerzas y valor para resistir los dolores del martirio. Sin hablar una palabra y pensando solamente en Dios y en el martirio, llegamos a la puerta del cementerio".²²

22. Para ésta y las demás citas de este capítulo, cf. Luis Díez Merino, c.p., *La Pasión de Jesucristo y la de los Mártires Pasionistas de Daimiel, Nicéforo y sus XXV compañeros*, Zaragoza 1989, pp. 176-241. En él se desarrolla ampliamente este tema.

Pero tampoco allí los mataron; les dejaron con vida a condición de que se alejasen de Daimiel y no volvieran a aparecer por sus cercanías.

FALSAS ACUSACIONES

Ya Jesús había anunciado a sus seguidores, que por él sufrirían insultos, calumnias y persecuciones. Y les había dicho que se consideraran dichosos cuando esto les sucediera:

- "Dichosos vosotros cuando os insulten, os persigan y os calumnien de cualquier modo por causa mía. Estad alegres y contentos, que Dios os va a dar una gran recompensa".²³

Los pasionistas de Daimiel lo sabían muy bien. Esta bienaventuranza había sido muchas veces tema de sus largas meditaciones. Ahora les llegaba también a ellos su hora.

1. Disparan contra el pueblo

Antonio Sánchez Santillana, abogado, nos describe así los hechos:

- "Me encontraba en la sede del gobierno civil de Ciudad Real a las órdenes inmediatas del Sr.

23. Mt 5, 11-12.

Gobernador, Vidal Barreiro. Hacia las 12 del mencionado día 22, recibí una llamada telefónica en la cual se me decía: -Aquí hay unos sacerdotes que disparan contra el pueblo”.

Pocos minutos más tarde aparecen estos religiosos pasionistas ante la sede del Gobernador, atados por el cuello con una misma cuerda. Al contemplar este espectáculo tan triste, uno se pregunta: -¿Dónde están las armas?

2. Tienen armas

La señorita Purificación D'Opazo, a la que yo mismo conocí muy bien durante mis años de filosofía en Daimiel poco después de la guerra, declara en el proceso de beatificación:

-“En septiembre de 1936 yo recibí una carta del siervo de Dios (Ildefonso de la Cruz) escrita desde el hospital de Manzanares y que conservaba en un baúl de mi hermana. Dos días después vinieron a casa tres milicianos a hacer un registro, porque decían que nosotros teníamos una maleta que contenía armas de los frailes”.

Un hermano de Purificación, Juanito D'Opazo, artista y que todavía vive, fue el que, después de la guerra, decoró el nuevo camarín del **Santo Cristo de la Luz**, debajo del cual se construyó la cripta para los **Mártires Pasionistas de Daimiel**.

La posesión de armas fue una obsesión, un pretexto para los chequeos y registros de los conven-

tos. El de los pasionistas de Daimiel no podía ser una excepción. En realidad era un pretexto fácil y sencillo para justificar lo que en realidad era un allanamiento de morada. El P. Pablo Vega, uno de los supervivientes, dice en el proceso de beatificación a propósito del P. Germán, superior de la comunidad, que una frase muchas veces repetida por él era *“que prefería que ellos (los enemigos) mataran a los religiosos, antes que los encontrasen armas con vergüenza de la comunidad”.*

ANTE LOS TRIBUNALES

Ya Jesús había prevenido, mucho antes, a sus seguidores de que serían perseguidos y sometidos a toda clase de interrogatorios:

*-“Seréis llevados a los gobernadores y reyes por amor de mí, para dar testimonio ante ellos y los gentiles. Cuando os entreguen, no os preocupéis de cómo o qué hablaréis, porque se os dará en aquella hora lo que debéis decir”.*²⁴

Los pasionistas de Daimiel fueron llevados, efectivamente, ante el Gobernador de Ciudad Real. También arrastrados de una parte a otra por los milicianos, entregados a las turbas alborotadas y sometidos a toda clase de malos tratos.

24. Mt 10, 18-19.

EN PODER DE LA TURBA ALBOROTADA

De los tres religiosos que llegaron a Urda (Toledo), Justo Anciano, ferroviario, declaró en el proceso de beatificación:

“Mientras yo me encontraba de servicio como mozo de estación en Urda, a la llegada del tren postal (correo) que va de Extramadura a Madrid, me percaté que del tren habían bajado tres señores, que fueron entregados a las turbas que allí se encontraban. Yo oí decir que se trataba de tres frailes”.

INJURIAS, MALOS TRATOS Y AMENAZAS CONTRA ELLOS

Un poco más adelante, el mismo Justo Anciano testifica:

“Recuerdo que después de que bajaron del tren y fueron puestos en poder las turbas de Urda y Consuegra..., en medio de muchos insultos y escarnios..., fueron empujados algunos metros lejos de la estación, junto al depósito del agua, mientras iban creciendo los insultos y los escarnios”.

El Dr. Pedro López Peláez, médico del hospital de Manzanares, cuenta que a los seis religiosos heridos y supervivientes de la primera matanza en

esa localidad, para hacerles sufrir más, los milicianos les amenazaban diciendo que los iban a fusilar.

Y otro testigo presencial, Antonio Sánchez Santillana: - *“Observé inmediatamente que uno (José Osés) perdía sangre por detrás de la oreja; oí decir que le habían arrojado un ladrillo, cuando pasaba junto a un edificio en construcción... Fue curado después por un practicante, que le vendó la cabeza de un modo teatral”.* Por si su sufrimiento fuera poco, todavía se burlaban de él ridiculizando su vendaje.

Del primer fusilamiento en la estación de Manzanares, dice un testigo presencial:

“Desde el tren hemos podido ver cómo algunos se levantaban (después de ser fusilados) y caían nuevamente en el suelo...” No podían más.

A los que no habían muerto, les subieron luego a una furgoneta. Aún entonces, algunas personas se acercaron a ellos para insultarles y pegarles. Ya en el hospital, los religiosos no pudieron menos de manifestar su dolor por este trato tan inhumano: - *“Mucho sufríamos, heridos como estábamos; pero lo que nos llegó al alma fueron aquellos golpes...”*

EL PERDON A LOS ENEMIGOS

Jesús, antes de morir en la cruz, no sólo perdonó a sus enemigos, sino que hasta pidió a su Padre

perdón por los mismos que le estaban crucificando: - "Padre, pedónales; no saben lo que hacen". Lo mismo hizo el protomártir san Esteban con los que le apedreaban.

Los pasionistas de Daimiel siguieron fielmente estos ejemplos, fundamentales en todo martirio cristiano. Refiriéndose al P. Juan Pedro, la señorita Antonia Martínez Navalón, testigo presencial, dijo que, "lejos de hablar mal de aquellos que les habían herido en la carretera, nos aconsejaba el perdón".²⁵

SU CALVARIO, MUERTE Y SEPULTURA

No nos extendemos aquí sobre estos puntos, porque ya los hemos descrito, aunque brevemente, a lo largo de todo el libro. En cuanto a la sepultura, estuvieron todavía en mucho peores condiciones que el mismo Jesús. Ellos no fueron colocados con la mayor reverencia y cariño en un sepulcro nuevo y de un amigo, sino en la fosa común y sin ningún familiar o ser querido, que les acompañara en ese momento supremo. Sólo sus enemigos.

Pero también el sepulcro de estos fieles seguidores de Jesucristo se hizo pronto glorioso. Debidamente identificados, sus restos mortales fueron

25. Luis Díez Merino, o.c., p. 223.

llevados inmediatamente después de la guerra a Daimiel, donde se les había preparado una cripta, precisamente debajo del camarín del **Santo Cristo de la Luz**.

El rostro de este **Santo Cristo de la Luz**, que, en la noche del 21 al 22 de julio de 1936, se vio entristecido con la expulsión y el prendimiento de aquellos pasionistas, ahora se vio iluminado con una nueva luz de gozo y alegría. Veintiséis **Rosas del Calvario** en todo su esplendor de martirio, adornaban ya para siempre su altar, irradiando también ellas su perfume, su luz y luciendo las mejores galas de sus colores rojos de sangre.

¡Así es el amor!

MUCHAS CLASES DE MARTIRIO

**“Como hay muchas clases de persecuciones,
así también hay muchas clases de martirio.
Cada día eres testigo de Cristo”.**

**San Ambrosio, Liturgia de las Horas IV,
p. 1270.**

COMO SE PREPARARON PARA EL MARTIRIO

La pasión y muerte de Jesús en la cruz -podríamos decir "su martirio"- no fue ninguna sorpresa, ni algo casual o inesperado. Es la parte central de su misión. Para eso había venido a la tierra.

Jesús lo sabía desde su infancia y, durante toda su vida se preparó para ese acontecimiento supremo, que obró nuestra redención.

En una carta, san Pablo de la Cruz escribe: -
*"Hace ya muchos años, tenía yo un hermoso Niño Jesús en una tarjeta impresa en Alemania. El Niño Jesús dormía plácidamente sobre una cruz. ¡Cuánto me gustaba esa imagen!"*²⁶

Jesús anunció repetidas veces y con todo detalle su futura pasión. Incluso manifestó su gran deseo de que llegase ese momento, esa hora decisiva y suprema de su vida y de su misión.

La pasión o el martirio de los religiosos pasio-

26. *Lettere III*, 604.

nistas de Daimiel tampoco fue ninguna sorpresa ni algo totalmente inesperado para ellos. Lo vemos en algunas de sus cartas. Y el P. Justiniano solía decir: - "Mi ideal ha sido siempre morir por Cristo".

El martirio es una gracia especial que el Señor concede a pocos, según enseña el Concilio Vaticano II. Pero ayuda estar bien preparados para recibir esta gracia y corresponder a ella. Los religiosos pasionistas de Daimiel lo estaban.

Desde su ingreso en el seminario menor pasionista, estaban viviendo, cada vez más intensamente, esta espiritualidad de martirio. Con razón pudo exclamar Honorino Carracedo ante el gran dolor de sus heridas: - "¡Soy pasionista!". Tan indentificados estaban con la pasión y el martirio de Jesús. ¿Qué extraño es que ambas pasiones o martirios tengan tantas semejanzas?

En realidad son una y única pasión: la del Cristo total. Jesús, cabeza; ellos, miembros. Como san Pablo Apóstol, ellos completaron también en sus cuerpos lo que todavía falta a la pasión de Cristo en favor de la Iglesia.

Toda la vida y espiritualidad pasionista es una vida de martirio y de pasión. El día en que se consagra a Dios por medio de la profesión religiosa, al candidato, vestido del hábito negro y echado en el suelo como muerto a este mundo, se le lee la pasión de Jesús según san Juan. En esa misma celebración se le hace entrega del escudo de la pasión, en el que, sobre fondo negro, campea una

cruz blanca y, debajo de ella, sobre un corazón, estas palabras: - "La pasión de Jesucristo". Como diciendo: Esto es lo que has de tener siempre grabado en tu corazón: la pasión de Jesús. Desde entonces, su lema como pasionista es éste: - "Que la Pasión de nuestro Señor Jesucristo esté siempre grabada en nuestros corazones".

Al final de la profesión religiosa, se hace una procesión por toda la iglesia en la que el recién profeso, centro de la celebración, camina en medio de sus hermanos religiosos y de los fieles llevando una cruz sobre sus hombros y una corona de espinas en su cabeza. Algo impresionante ciertamente.

Acerca del hábito negro de los pasionsitas, el mismo san Pablo de la Cruz dice en la primitiva Regla, de 1720: - "Y sabed también, amadísimos, que el principal motivo por el que andamos vestidos de negro, según la particular inspiración que Dios me dio, es para guardar luto por la pasión y muerte de Jesús y para que no nos olvidemos nunca de hacer memoria de él".

En tiempo de nuestros mártires, las largas meditaciones de los religiosos pasionistas eran siempre sobre la pasión del Señor, excepto en Adviento y en los días festivos, en los que se meditaba sobre los misterios o fiestas litúrgicas de la Iglesia.

Todos los viernes, a las tres de la tarde, la campana del convento doblaba a muerto. Todavía recuerdo la impresión que a mí me causaba ese doblar de la campana. Era yo seminarista. Enton-

ces estudiábamos en un aula grande. Cuando menos lo esperábamos, sonaba la campana y todos, como electrizados, nos poníamos de rodillas. Al principio yo no sabía por qué y el susurro de otro compañero me dijo al oído lleno de misterio:

-*“Es que a esta hora, un viernes como hoy, murió el Señor”*. ¡Qué impresión tan profunda causaba cada viernes en mi corazón este doblar de la campana!

Los Mártires de Damiel vivieron esto durante muchos años: desde que entraron en el seminario hasta su muerte. ¡El viernes! Sobre el viernes, escribía san Pablo de la Cruz en su Regla más antigua: -*“El solo recordar las cosas que pasaron un viernes es para hacerle a uno morir de verdad, si de verdad ama; porque es recordar el día en que mi Dios humanado padeció por mí y perdió su vida, muriendo sobre el duro madero de la cruz”*.

Para vivir mejor esta espiritualidad y estar más unidos a Cristo, a Dios, tenían el horario del día debidamente distribuido, alternando el descanso con el trabajo y la oración. Se levantaban a media noche y hacían una hora de oración entre el canto del oficio divino y la meditación.

Por la mañana, dos horas seguidas de oración entre el oficio divino y la santa misa, precedida y seguida de media hora de meditación.

Antes de la comida, quince minutos de examen particular y de lectura espiritual en privado. Lue-

go, paseo solitario meditativo por el huerto y, finalmente, un cuarto de hora de rezo del oficio divino en el coro.

Por la tarde, después de una hora de descanso, media hora de rezo del oficio divino y de lectura espiritual en común. Antes de la cena, otra vez el rezo del oficio divino y otra hora de meditación. Los estudiantes hacían la segunda media hora de esta meditación en paseo solitario y meditativo por el huerto o por el campo. Antes de acostarse y todos de rodillas, oían del superior una breve consideración o “reflexión” piadosa, a la que seguía en el coro el rezo del santo rosario.

Los religiosos pasionistas ayunaban tres veces por semana y todos los días de Adviento y Cuaresma, menos los domingos y días festivos. Nunca tomaban merienda ni nada entre las comidas.

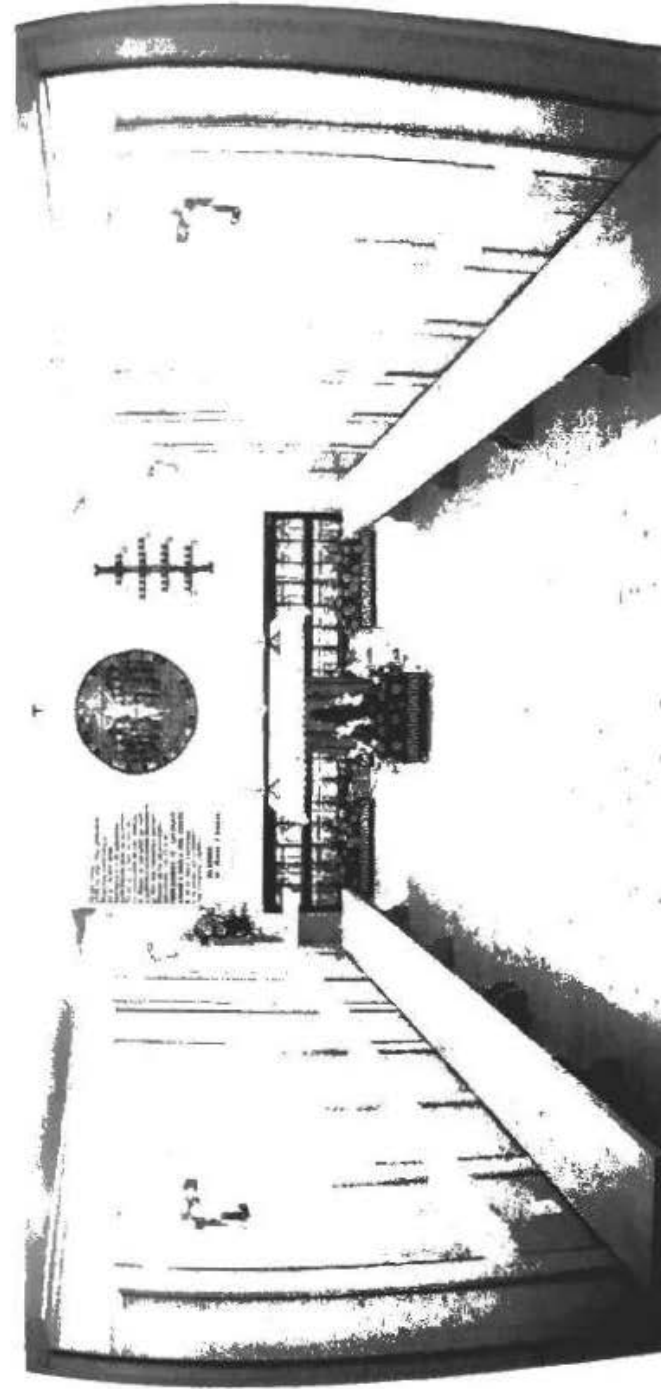
Iban con los pies descalzos, sin calcetines, solamente con sandalias. ¡Qué frío se pasaba en invierno en ese convento de Daimiel!

Además de los ejercicios espirituales que hacían cada año, celebraban varias novenas con especial solemnidad, novenas que eran como otros tantos ejercicios espirituales: la de Navidad, la de la fiesta de san Pablo de la Cruz y la de Pentecostés. Celebraban también lo que, según tradición de la Congregación ya desde san Pablo de la Cruz, era llamada la “*cuaresma de la Virgen*”. Del uno al quince de agosto hacían el sacrificio de no tomar ninguna fruta, como preparación para la festividad de la Asunción de Nuestra Señora a los Cielos.

que en la congregación pasionista se ha celebrado siempre con la mayor solemnidad .

Con una vida espiritual tan intensa y con tal identificación con Cristo en su pasión, estos religiosos pasionistas estaban bien preparados para recibir del Señor la gracia tan extraordinaria del martirio. No es que la merecieran. Las gracias no se merecen. Por eso son siempre "gracia". Pero uno puede disponerse mejor o peor a recibirlas y a corresponder a ellas.

Esto es lo que hicieron estos buenos pasionistas, siendo, con su pasión y martirio, las rosas más hermosas del jardín de la pasión.



Cripta de los Beatos Mártires Pasionistas de Dalmiel, debajo del camarín de Santo Cristo de la Luz.

EL BUEN RELIGIOSO

“La vida del buen religioso
y de quienes quieren estar
entre los buenos amigos de Dios
es... un largo martirio”.

Santa Teresa de Jesús.

UN NOMBRE Y UNA HISTORIA

Pero cada una de estas *Rosas del Calvario* tiene un nombre y una historia. Los reseñamos aquí brevísimamente. Para entenderlo mejor, habrá que recordar que por aquel tiempo todos los pasionistas cambiaban su apellido de familia por otro religioso, e incluso algunos cambiaban el mismo nombre de pila por otro, para mejor indicar su despego del mundo, su vida nueva en Cristo y su total consagración a Dios.

Los 26 religiosos pasionistas del convento del **Santo Cristo de la Luz**, Daimiel, que dieron su vida por su fidelidad a Cristo y a la Iglesia son:

1. *Nicéforo de Jesús y María* (Vicente Díez Tejerina), superior provincial. Nació en Herrerueta de Castillería, Palencia; sufrió doble persecución, en México y en España; fue martirizado en Manzanares, Ciudad Real; tenía 43 años.

2. *Germán de Jesús y María* (Manuel Pérez Jiménez), superior de la comunidad. Nació en Cornago, Logroño; fue martirizado en Carabanchel Bajo, Madrid; tenía 38 años.

3. *Felipe del Sagrado Corazón de María* (Valcabado Granado), sacerdote. Nació en San Martín de Rubiales, Burgos; fue martirizado en Carabanchel Bajo, Madrid; tenía 62 años.

4. *Pablo María de San José* (Pedro Leoz del Portillo), hermano coadjutor. Nació en Leoz, Navarra; fue martirizado en Carrión de Calatrava, Ciudad Real; tenía 54 años.

5. *Juan Pedro de San Antonio* (José María Bengoa y Aranguren), sacerdote. Nació en Santa Agueda, Guipúzcoa; de estudiante sufrió persecución por la fe en México; fue martirizado en Ciudad Real; tenía 46 años.

6. *Ildefonso de la Cruz* (Anatolio García Nozal), sacerdote. Nació en Becerril del Carpio, Palencia; fue martirizado en Manzanares, Ciudad Real; tenía 38 años.

7. *Benito de la Virgen del Villar* (Solana Ruiz), hermano coadjutor. Nació en Cintruénigo, Navarra; fue martirizado en Urda, Toledo; tenía 38 años.

8. *Anacario de la Virgen Inmaculada* (Benito Lozal), hermano coadjutor. Nació en Becerril del Carpio, Palencia; fue martirizado en Carabanchel Bajo, Madrid; tenía 30 años.

9. *Pedro del Corazón del Jesús* (Largo Redondo), sacerdote. Nació en Alba de los Cardaños, Palencia; fue martirizado en Urda, Toledo; tenía 29 años.

10. *Justiniano de San Gabriel de la Dolorosa*

(Cuesta Redondo), sacerdote. Nació en Alba de los Cardaños, Palencia; fue martirizado en Manzanares, Ciudad Real; tenía 26 años.

11. *Eufrasio del Amor Misericordioso* (De Celis Santos), estudiante. Nació en Salinas de Pisuegra, Palencia; fue martirizado en Manzanares, Ciudad Real; tenía 21 años.

12. *Maurilio del Niño Jesús* (Macho Rodríguez), estudiante. Nació en Villafría de la Peña, Palencia; fue martirizado en Carabanchel Bajo, Madrid; tenía 21 años.

13. *Tomás del Santísimo Sacramento* (Cuartero Gascón), estudiante. Nació en Tabuena, Zaragoza; fue martirizado en Manzanares, Ciudad Real; tenía 21 años.

14. *José de los Sagrados Corazones* (Estalayo García), estudiante. Nació en San Martín de Perapertú, Palencia; fue martirizado en Manzanares, Ciudad Real; tenía 21 años.

15. *José de Jesús y María* (Osés Sainz), estudiante. Nació en Peralta, Navarra; fue martirizado en Carabanchel Bajo, Madrid; tenía 21 años.

16. *Julio del Sagrado Corazón* (Mediavilla Concejero), estudiante. Nació en La Lastra, Palencia; fue martirizado en Carabanchel Bajo, Madrid; tenía 21 años.

17. *Félix de las Cinco Llagas* (Ugalde Ururzun), estudiante. Nació en Mendigorriá, Navarra; fue martirizado en Urda, Toledo; tenía 21 años.

18. *Felipe de San Miguel* (Ruiz Fraile), hermano coadjutor. Nació en Quintanilla la Berzosa, Palencia; fue martirizado en Carabanchel Bajo, Madrid; tenía 21 años.

19. *José María de Jesús Agonizante* (Ruiz Martínez), estudiante. Nació en Puente la Reina, Navarra; fue martirizado en Carabanchel Bajo, Madrid; tenía 20 años.

20. *Epifanio de San Miguel* (Sierra Conde), estudiante. Nació en San Martín de los Herreros, Palencia; fue martirizado en Manzanares, Ciudad Real; tenía 20 años.

21. *Laurino de Jesús Crucificado* (Proaño Cuesta), estudiante. Nació en Villafría de la Peña, Palencia; fue martirizado en Carabanchel Bajo, Madrid; tenía 20 años.

22. *Fulgencio del Sagrado Corazón de María* (Calvo Sánchez), estudiante. Nació en Cubillo de Ojeda, Palencia; fue martirizado en Manzanares, Ciudad Real; tenía 19 años.

23. *Honorino de la Virgen Dolorosa* (Carracedo Ramos), estudiante. Nació en La Lastra, Palencia; fue martirizado en Manzanares, Ciudad Real; tenía 19 años.

24. *Abilio de la Cruz* (Ramos Ramos), estudiante. Nació en Resoba, Palencia; fue martirizado en Manzanares, Ciudad Real; tenía 19 años.

25. *Zacarías del Santísimo Sacramento* (Fernández Crespo), estudiante. Nació en Cintruénigo,

Navarra; fue martirizado en Manzanares, Ciudad Real; tenía 19 años.

26. *José María de Jesús* (Cuartero Gascón), estudiante. Nació en Tabuena, Zaragoza; fue martirizado en Manzanares, Ciudad Real; tenía 18 años.

Al analizar estos datos, lo que más poderosamente llama la atención es el gran número de religiosos jóvenes. Dieciséis de estos **Mártires Pasionistas de Daimiel** estaban en edades comprendidas entre los 18 y los 21 años. Y es que la juventud es siempre generosa y, cuando tiene un ideal elevado, capaz de los mayores sacrificios.

Ojalá que el ejemplo de estos jóvenes, que dieron valientemente su vida por Dios y por la Iglesia, despierte en nuestros días la conciencia y el entusiasmo de tantos jóvenes todavía indecisos y les lleve a orientar su vida hacia ideales altos y nobles, tal vez incluso, como ellos, a consagrarse a Dios en la vida religiosa o el sacerdocio, para servir mejor a Dios y a los hombres de nuestro tiempo.

QUIEN ENTREGA SU VIDA

*"Quien entrega su vida por amor
la gana para siempre,
dice el Señor".*

Oficio de un mártir, laudes

EL MENSAJE DE ESAS ROSAS “HOY”

Casi sin darte cuenta, has llegado ya al final de este libro, *Rosas del Calvario*, sobre los **Mártires Pasionistas de Daimiel**. Si recuerdas, en la introducción del mismo te decía que había sido “escrito con todo cariño, pero también con todo rigor histórico”; pero te aconsejaba que no lo leyeras “como un libro de historia”, sino “más bien como un libro de lectura espiritual, esto es, como un libro edificante, que edifica, construye, levanta la vida espiritual”.

Estoy seguro de que así lo has habrás hecho tú y de que tú mismo habrás experimentado que el ejemplo sencillo y, al final, heroico de estos hombres de Dios realmente edifica, estimula y ayuda en la vida espiritual.

Las flores tienen un lenguaje propio y con las flores transmitimos también nosotros muchos mensajes. Estas flores, estas *Rosas del Calvario*, tienen para ti y para mí “hoy” un lenguaje y un mensaje propio. Ellas no son solamente un recuer-

do: tampoco solamente un adorno, el más bello del **Santo Cristo de la Luz** y de la congregación pasionista. Estas flores tienen un lenguaje y un mensaje para nosotros, para ti, para mí, "hoy".

Seguramente que a ninguno de los dos nos llamará el Señor, como a ellos, al derramamiento de nuestra propia sangre, a dar nuestra vida por él y por los hermanos de un modo violento. Será, más bien, de un modo lento, gota a gota, minuto a minuto, todos los años de nuestra larga o corta vida. Entonces, ¿qué nos enseñan estos **Beatos Mártires Pasionistas de Daimiel**?

Os lo diré con unas palabras muy hermosas de san Agustín:

"También nosotros, si amamos de verdad a Cristo, debemos imitarlo. La mejor prueba que podemos dar de nuestro amor es imitar su ejemplo, porque Cristo padeció por nosotros dejándonos un ejemplo, para que sigamos sus huellas... Lo han imitado los santos mártires hasta el derramamiento de su sangre, hasta la semejanza con su pasión; lo han imitado los mártires, pero no sólo ellos. El puente no se ha derrumbado después de haber pasado ellos; la fuente no se ha secado después de haber bebido ellos.

"Tenedlo presente, hermanos: en el huerto del Señor no sólo hay las rosas de los mártires, sino también los lirios de las vírgenes y las hiedras de los casados, así como las violetas de las viudas..."²⁷

27. Liturgia de las Horas IV, p. 1096.

Que es lo que repetidas veces y con insistencia dice el Concilio Vaticano: Que todos, religiosos, sacerdotes y laicos estamos llamados igualmente a la perfección; que ésta no es patrimonio exclusivo de ninguna clase social dentro de la Iglesia, sino común de todos; que por distintos caminos y de modos diversos, todos los bautizados estamos llamados al seguimiento fiel de Cristo, esto es, a la santidad.

Y termino con estas palabras de san Cipriano:

"¿Con qué alabanzas podré ensalzaros, hermanos valerosísimos? ¿Cómo podrán mis palabras expresar debidamente vuestra fortaleza de ánimo y vuestra fe perseverante?..."

"Dichosa Iglesia nuestra, a la que Dios se digna honrar con semejante esplendor, ilustre en nuestro tiempo por la sangre gloriosa de los mártires... Entre sus flores no faltan ni los lirios ni las rosas. Que cada uno de nosotros se esfuerce ahora por alcanzar el honor de una y otra altísima dignidad para recibir así las coronas blancas de las buenas obras o las rojas del martirio".²⁸

28. Ib., pp. 1103s.

MORIR CADA DIA

“La vida de los verdaderos siervos y amigos
de Dios es
morir cada día”

S. Pablo de la Cruz, *Lettere I*, p. 787

ORACION

Señor, te ofrecemos este ramo de flores.
Son las *Rosas de tu Calvario*.
Es cierto que tuvieron también espinas.
Todos los hombres, aún los más santos,
tenemos espinas que punzan,
tenemos faltas.
Solo tú eres el Santo,
el Perfecto.

Pero respira su aroma,
contempla su hermosura.
¡Qué heroísmo!
¡Qué virtud!
¡Cuánto amor!

Son rojas, bien rojas.
Es fuego,
es sangre,
es corazón.
Es, en fin,
su amor encendido
a ti y a los hermanos.
¡Hasta el martirio!

Al ofrecerte estas *rosas*,
queremos decirte
lo que no podemos
expresar con palabras.
Es el lenguaje
de las flores.

Perdónanos.
Ayúdanos.
Concédenos
la gracia que te pedimos.
(Pídase la gracia que se desea alcanzar).

Te lo pedimos
por estos tus Mártires
y, sobre todo,
por el gran Mártir del Calvario,
Cristo nuestro Señor. -Amén.

Para comunicar gracias recibidas y para más informa-
ción, dirigirse a:

PP. Pasionistas
Santo Cristo de la Luz
13250 DAIMIEL (CIUDAD REAL)

O también a:

Postulazione Generale
Padri Passionisti
Piazza Ss. Giovanni e Paolo, 13
00184 ROMA (ITALIA)

INDICE

Presentación	7
La era de los mártires	13
Un testigo de la Cruz	19
La raíz	27
Presagios de tormenta	29
Rosas y espinas	37
En medio de la noche	39
La rosa de la noche	43
"Este es nuestro Getsemani"	45
Se riegan también las espinas	51
Camino del cementerio	53
La rosa	57
Primeras Rosas del Calvario	59
Dar la vida por Cristo	63
A las puertas de Madrid	65
Rosales en flor	71
No lejos de Ciudad Real	73
Dios nos contempla desde el cielo	77
¡Viva Cristo Rey!	79
Trigo de Dios	85
"Sin perder de vista la meta"	87
Rosal de rosas escarlatas	95

Martirio de amor.....	97
El dolor de cada día.....	103
Pasión de los Mártires de Daimiel.....	105
Muchas clases de martirio.....	117
Cómo se prepararon para el martirio.....	119
El buen religioso.....	127
Un nombre y una historia.....	129
“Quien entrega su vida..”.....	135
Mensaje de esas rosas “hoy”.....	137
Morir cada día.....	141
Oración.....	143

SAN PABLO DE LA CRUZ

Hemos dedicado este libro a san Pablo de la Cruz en el III Centenario de su Nacimiento (1694-1994).

San Pablo de la Cruz es el fundador de la Congregación de la Pasión, vulgarmente conocida con el nombre de Congregación Pasionista. Fue además predicador de misiones, gran director de almas, místico y maestro de la vida espiritual. Algunos especialistas llegan a decir que fue "el místico más esclarecido de su siglo".

Aunque la Congregación Pasionista tiene muchos santos y beatos, los Mártires de Daimiel son los primeros pasionistas cuyo martirio ha sido reconocido oficialmente por la Iglesia, al ser beatificados por Juan Pablo II el 1 de octubre de 1989.

Un año después, lo sería también el Beato Inocencio Canoura, martirizado durante la revolución de Asturias, España, en 1934.

San Pablo de la Cruz tuvo toda su vida grandes deseos de dar la vida por Cristo, esto es, de martirio.